



El gobierno peronista 1973-1976: los montoneros

El gobierno peronista 1973-1976: los montoneros (primera parte)

Por Norberto Ivancich y Mario Wainfeld

Publicado en la Revista Unidos, Año 1, Nº 2, julio de 1983, Reeditado en CUADERNOS ARGENTINA RECIENTE, Nº 2, junio de 2006

Fuente: www.croquetadigital.com.ar, a quienes agradecemos la digitalización y socialización en Internet de la Revista Unidos.

En este artículo se encara otro aspecto polémico del tercer gobierno peronista: el de la actuación de la organización Montoneros. El objetivo es desentrañar los orígenes y la evolución de este grupo, para que determinadas actitudes no se repitan en el seno del Movimiento, sobre todo porque nuevamente vemos desplegarse propuestas similares. Pero existe una gran diferencia: ya hay una experiencia vivida que evitará todo tipo de utilización del sentimiento y la conciencia de los peronistas, por izquierdas o derechas.

Esta nota es la primera de una serie que analizará las relaciones entre los Montoneros y el Movimiento Peronista entre 1973 y 1976. Procuraremos, en especial, desentrañar por qué aquel sector optó por la violencia como medio de expresión política y por qué fue expulsado del Movimiento. Para interpretar el período mencionado será indispensable tratar la incidencia de la violencia en nuestra historia reciente y, puntualizar las causas que determinaron el surgimiento de ese fenómeno político-social que fueron los Montoneros¹. Esta nota contiene ese imprescindible marco de referencia, y se referirá a los primeros días del tercer gobierno peronista, específicamente al lapso comprendido entre la asunción del gobierno de Cámpora y el acto de Ezeiza.

I. La violencia a partir de 1955

La historia argentina fue siempre violenta. Está signada por la exclusión de las mayorías y la intolerancia. En los períodos 1916/1930 y 1946/1955, la presencia de las mayorías posibilitó la existencia de una determinada paz social. Sin embargo, a pesar de la representatividad de los gobiernos radical y peronista, subsistieron en dichos períodos hechos de violencia: las luchas obreras y el terror "blanco" en el primer gobierno de Yrigoyen (1919-1921), y la violencia callejera, terrorista y conspirativo-militar en las primeras presidencias de Perón.

Fuera del marco de la legitimidad popular, la violencia existió como amenaza constante: los levantamientos armados de los radicales en 1893, 1905 y en la Década Infame nos demuestran la lógica de su utilización; la agudización de la violencia a partir de 1955 no importó la quiebra de nuestra continuidad histórica. Antes bien, guarda total congruencia con lo sucedido hasta entonces y es una lógica consecuencia de la resistencia de las mayorías peronistas que no se resignaron a entregar el poder sin luchar. El único cambio, pues, radica en la intensidad. El enfrentamiento del peronismo con el golpismo, y su ulterior resistencia al gobierno “gorila”, suscitarán dos respuestas que -por su brutalidad- son inéditas: el bombardeo sobre la población civil en Plaza de mayo (junio de 1955) y la feroz represión del alzamiento del General Valle (junio de 1956).

El ataque a la población civil, el fusilamiento del General Valle y las masacres realizadas en los basurales de José León Suárez prefiguran prácticamente la represión que se utilizará 20 años después en la Argentina: la matanza indiscriminada y clandestina, cuya finalidad esencial no es castigar a presuntos culpables sino aterrorizar y paralizar a toda la comunidad. La eficacia de esta forma de crimen político está dada por su aparente irracionalidad, su virulencia. La intención no es sólo castigar a individuos determinados sino hacer sentir a todos que pueden ser considerados culpables, y que el inexorable castigo es la muerte.

Esta doctrina de “guerra contrarrevolucionaria”² va a inspirar la formación para militar del liberalismo autoritario del momento: los comandos civiles. Esta fuerza armada va a realizar acciones de terrorismo durante el gobierno peronista, y desde 1955 se sumará a la represión oficial. A su vez, desde entonces, el Movimiento acudió a todos los medios, incluso los violentos, para recuperar el poder: desde el terrorismo hasta el voto en blanco, desde el alzamiento de Valle hasta el pacto con Frondizi. Se trató de una estrategia global que no mezquinó ningún medio, y que fue minando lenta, pero eficazmente, las defensas del enemigo.

El gobierno autoritario de la Revolución Libertadora determinó en gran medida las acciones del Movimiento: el surgimiento de la Resistencia Peronista significó el nacimiento de un “ala” o sector que comenzó a aplicar la violencia fundamentalmente sobre las cosas y no sobre los hombres. Estas acciones se vincularon lógicamente a la resistencia sindical, al voto en blanco de 1957 y a los movimientos conspirativos de los militares peronistas dados de baja.

A partir de la retirada de Aramburu-Rojas, el Movimiento se insertó en la salida electoral, a través de una opción tendiente a derrotar al candidato de la Libertadora (la fórmula de la UCRP). En aquel momento reapareció el ala combativa que no aceptó el pacto Perón-Frondizi, a pesar de que fue abrumador el respaldo de los peronistas a la fórmula de la UCRI.

En los dos primeros años del gobierno desarrollista se fueron delineando distintas posibilidades de acción del Movimiento: la recuperación de las organizaciones sindicales; las huelgas por reivindicaciones obreras ante el incumplimiento del pacto por parte de Frondizi; los intentos de levantamientos militares peronistas y las acciones directas de núcleos de activistas a partir de la aplicación del Plan Con.Int.Es. (Conmoción Interna del Estado). El, cada vez más, impopular gobierno había demostrado ya su carácter ambiguo y concesivo al gorilismo en las huelgas del Frigorífico Lisandro de la Torre y en las ferroviarias. La concepción del peronismo “justicie-

ro” y combativo, apareció como una reacción plausible ante la irrepresentatividad del gobierno. En ese marco histórico surgió el primer brote de guerrilla rural que se definió como peronista: los Uturuncos en Tucumán (1959). El golpe militar de 1962 se hizo contra el triunfo peronista en las elecciones para gobernadores y diputados, que el propio Frondizi anuló para perpetuarse. Otra vez la reacción antiperonista apareció imponiendo la violencia en el país. Pero la situación del Movimiento había cambiado: las organizaciones gremiales ocuparon el espacio dejado vacante por el ala militar, y surgieron los nucleamientos de juventud que darían una nueva tónica a la movilización peronista de la década.

Estos componentes del movimiento, bastante vinculados entre sí, tenían diversidad de acciones, y van a brindar a la conducción de Perón elementos distintos de acción, siendo útiles al objetivo de la recuperación del poder. Rescatar uno sólo de ellos, o querer convertirlo en el único sector válido, significaba abjurar de la voluntad movimientista. En realidad, en ese momento, esa reducción a un solo término organizativo no existía. La diversidad de expresiones organizativo-políticas dentro del Movimiento, fue reflejo de las distintas actitudes frente al poder, y de las fuerzas y sectores que se representaban. Los sectores que utilizaron la violencia como protesta o señalamiento del enemigo, la ejercían sobre éste y no en el interior del Movimiento, a pesar de las diferencias políticas internas. Los tres hechos fundamentales que marcan la etapa siguiente son: 1) el enfrentamiento militar entre azules y colorados; 2) la legitimidad vacía y formal de Illia (cuya propia razón de existir era la proscripción de las mayorías)³ y 3) el golpe de Onganía (resuelto a congelar toda forma de actividad política y amordazar a la comunidad por 20 años). Ante estos hechos, Perón optó por tres modos de acción política: 1) la presión a través de las organizaciones sindicales; 2) la convocatoria a la civilidad (Asamblea de la Civilidad y Frentes electorales de 1963) para participar en la institucionalización mediante elecciones; y 3) la agitación, la movilización e incluso la acción directa de núcleos de activistas que enfrentan al régimen. El autoritarismo y el mesianismo de Onganía, la confusión que se generó en el propio Movimiento con el surgimiento de un sector gremial “participacionista” y la proscripción de toda actividad política son elementos que explican en buena medida las actitudes violentas de la Argentina de la década del 60 y principios del 70.

II. Las influencias ideológicas y el marco internacional

Enfatizamos ideología y marco internacional porque ambos términos fueron definiendo la lógica de la violencia en la sociedad argentina. Además de los procesos violentos del mundo, se produjo también una crítica a los sistemas políticos imperantes. Los modelos que usualmente aparecían como imitables para determinados sectores de la sociedad argentina, comenzaron a ser cuestionados en su totalidad: los imperialistas (el liberal capitalista y el soviético marxista) y el neutralista europeo (en el que coexistían posiciones tercerista y alineamientos con algunos de los dos imperialismos).

El Tercer Mundo fue evaluado por sectores de clase media como el sujeto revolucionario de la época, en el que la violencia es protagonista fundamental. No se lo visualizaba como no alineamiento ante los imperialismos, sino como el actor fundamental de la revolución mundial. Los conceptos de Tercer Mundo y Revolución se confundieron e identificaron como un sistema

político homogéneo, cuyas características fundantes eran: violencia, organizaciones revolucionarias, socialismo, partido único, y concepción de poder total⁴. Sólo eso era el Tercer Mundo y el modelo a imitar.

Al rescatar el carácter nacional de toda revolución, la acción de los pueblos, y la lucha antiimperialista por la independencia, que constituían valores históricos levantados por el Movimiento Peronista, esta teoría tercermundista influyó sobre sectores de activistas y políticos del país.

Su error residió en uniformar el método (acción armada) y el sistema (partido único y socialismo abstracto). A través de esa universalización se perdía el respeto a las particularidades nacionales, y se definía una nueva “internacional” revolucionaria. Los elementos de la situación mundial, tomados selectivamente, fortalecían su visión.

Los procesos de descolonización

El origen fundamental del culto a la violencia en Latinoamérica fue la experiencia cubana, y el posterior intento de “exportación” de la revolución. La visión “tercermundista” rescataba de la misma la lucha armada, en el sentido heroico de sus jóvenes dirigentes, la persecución inicial al Partido Comunista Cubano (prisión de Escalante), y consideraba su alineamiento pro soviético como una necesidad producto de su aislamiento, sin abarcar sus implicancias políticas en lo interno. Se concibió al foquismo rural como el único camino para la revolución. La experiencia del Che Guevara en Bolivia (1967) y la expresión teórica de Régis Debray van a tener su influencia en la Argentina. La Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) de 1964 fue un intento fallido de constituir una “internacional” basada en el modelo cubano.

Las guerras de descolonización fueron exaltadas: las de Argelia y Vietnam. Argelia se analizaba, sobre todo, a través de la obra de Fanon, *Los condenados de la Tierra*, prologada por Jean Paul Sartre. La singularidad de dicha revolución nacional fue olvidada y tendía a convertirse en modelo. La película, *La batalla de Argel*, enfatizaba el tema de la organización político-militar como elemento fundamental en la acción revolucionaria. La guerra de Vietnam, que desestabiliza al anacrónico imperialismo francés (tanto en su versión conservadora como socialista) y obliga a EE.UU. a una “guerra sucia” (fundamentalmente desde 1964), donde finalmente es derrotado en 1973, es un marco permanente del período. La opción de neutralidad que hicieron los países europeos (sobre todo Francia) y la propia crisis de la sociedad norteamericana ante el conflicto, permitieron conocer las derrotas norteamericanas y la fragilidad del régimen satélite de Saigón. La invasión yanqui a Santo Domingo (1965), para defender el golpe de Estado contra el gobierno democrático, demuestra cómo el imperialismo utilizó la violencia ilegítima en resguardo de sus intereses geopolíticos y económicos. Esta posición yanqui se visualizaba más claramente en el modelo brasileño (1964) que estableció el estado autoritario militar, cuya expresión argentina fue el golpe militar de 1966.

La violencia en Europa y EE.UU.

Los elementos que conmovieron estos regímenes políticos más consolidados, en los que la violencia aparece en áreas restringidas, como Irlanda y el País Vasco, también tuvieron su im-

portancia por lo que niegan: la capacidad de las estructuras políticas de adecuarse a los ideales de la juventud.

El Mayo francés (1968), protagonizado por el movimiento estudiantil, fue el iniciador de una serie de movilizaciones que lograron cierto respaldo obrero y luego se trasladó a toda Europa occidental. Los líderes estudiantiles y su gimnasia de lucha callejera aparecieron como el “fin de las ideologías” en occidente. Marcuse, su teórico, planteó que el régimen capitalista y el soviético eran incapaces de resolver la participación de la juventud en una sociedad humanista. El rechazo al “consumismo” y la consigna “la imaginación al poder” fueron expresiones de ese cuestionamiento a Europa como modelo.

En EE.UU, más allá de las reacciones individuales o psicópatas, la violencia apareció en manos de las “minorías”; sobre todo el Poder Negro, especie de “tercermundismo” interno del primer mundo. La violencia, como respuesta a la violencia de los que esclavizaron y mantuvieron la segregación; la solidaridad con Cuba y el cuestionamiento al imperialismo yanqui formaron parte de su diagnóstico.

La Iglesia

Fue en ésta donde apreciamos una gran transformación que alimentó la versión “tercermundista”. A partir del Concilio Vaticano II (1962-63), el “compromiso” con la realidad fue una convocatoria a la acción para los jóvenes católicos. Religión y política aparecieron unidas, sobre todo en aquellas sociedades donde el “pecado” existía como estructura injusta. La convocatoria a reconocer el marginamiento de pueblos enteros por el sistema bipolar y el chantaje atómico, y al legitimar el derecho de esos pueblos a la revolución ante “tiranía manifiesta” (Populorum Progressio -Paulo VI- 1967) movilizó a sectores enteros de la iglesia latinoamericana. El derecho a la revolución es una vieja doctrina de la escolástica cristiana pero en la época fue interpretado como una modificación revolucionaria.

Surge la teología de la liberación donde la política cobró gran peso (en la Argentina se expresó en dos publicaciones de gran impacto pero contenido diferente: “Tierra Nueva” y “Cristianismo y Revolución”). En la reunión del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) en Medellín (1968) se produjeron una serie de documentos de renovación y compromiso que rescataron profundas motivaciones de militantes católicos desde el Concilio del 63. Los curas obreros, las agrupaciones católicas vinculadas al trabajo social y la participación de sacerdotes en la lucha directa, como Camilo Torres (muerto en acción en Colombia en 1966), fueron interpretados como demostración de la existencia de una Iglesia “comprometida” y “testigo” de su época. La declaración de los Obispos del Tercer Mundo (1968), donde no figura ningún argentino, así lo señaló.

El bloque soviético

La vocación de transformación y el “signo de los tiempos” sacudieron al monolítico “social imperialismo”. Las represiones violentas a cualquier disenso dentro del bloque comenzaron en Hungría (1956), se prolongaron en Alemania Oriental (1960) y culminaron con la invasión a

Checoslovaquia (1968). Estos hechos revelaron la esencia imperialista de la Unión Soviética. La separación de China del bloque (1960) suscitó un debate, desde el marxismo, respecto al modelo soviético ruso criticado por burocrático, imperialista y por su vocación de coexistencia pacífica con los EE.UU. Se produjo una ruptura doctrinaria dentro del marxismo que repercutió en el accionar político: surgieron como alternativa a los Partidos Comunistas pro soviéticos aquellos que comenzaron a plantearse las “tareas nacionales” según el modelo chino. Mao Tse Tung planteaba que la lucha de clases era una de las contradicciones que debía superarse en una revolución nacional, resaltando así la primacía de otra contradicción: la lucha nacional contra el imperio dominante.

El hecho de que los soviéticos utilizaran la violencia para reprimir las disidencias políticas; su intolerancia y falta de respuesta a la crítica maoísta y su paralela tolerancia con la invasión yanqui a Santo Domingo, los incapacitaba para dar respuesta a la crisis ideológica imperante. Antes bien, el modelo soviético era considerado ya como integrante de ese pasado que se deseaba superar.

III. La situación Argentina

La visión de una juventud ajena a condicionamientos nacionales o de clase (casi diríamos de una “clase juvenil”), libre de los pecados de las sociedades dominantes, que acudía a la violencia como medio purificador para crear el hombre nuevo, arraigó por cierto en la Argentina.

No era extraño que así sucediera. Existían sobradas razones para que sectores juveniles desdijeran el statu quo y optaran por la violencia. La sociedad argentina era cada vez más cerrada, injusta y opresiva. Los canales de participación eran cada vez más limitados. Las posibilidades de vida digna eran cada vez más remotas. Era entendible que sectores juveniles, en especial de clase media, abrazasen una visión cada vez más radicalizada de la política; que la violencia pasase, de ser un medio esencialmente indeseable, a resultar el único instrumento idóneo para resolver los conflictos; es decir, instrumento sacralizado por su carácter purificador. Esta explicación no pretende ser exhaustiva aunque sí sustancialmente veraz. Será necesario, para lograrlo, añadir una puntualización: no es posible explicar el culto de la violencia como mera importación de los ejemplos extranjeros ya reseñados. El “culto” echó raíces en la Argentina como un lógico epifenómeno de una sociedad enferma, injusta y carente de canales de participación. Un injerto ideológico foráneo (como era el culto de la violencia) difícilmente hubiera arraigado en una sociedad justa y libre; en la Argentina su “éxito” era esperable.

La “Revolución Argentina”

Onganía, por sus pretensiones de cambiar el sistema político y de mantenerse en el poder sin límites de tiempo, significó para la mentalidad liberal argentina⁵ el sistema más autoritario existente hasta el momento (excepción hecha del peronismo que es “tiránico” y necesariamente destructible).

La “revolución argentina” convirtió a las fuerzas políticas (salvo las conservadoras y nacionalistas cursillistas) en proscriptas, ya que disolvió todos los partidos políticos y destruyó el mito de la “isla democrática” al anular la autonomía universitaria.

Es decir, la realidad, que el peronismo vivía y sufría en carne propia desde 1955, golpeaba en 1966 a toda la sociedad política y a su núcleo más sensible: el estudiantado. Se derrumbó así el mito “democrático” de la Revolución Libertadora y se tomó conciencia del deterioro de las relaciones políticas en nuestro país.

Salvo el núcleo de participacionistas que tendrá el “nuevo régimen” (en el que se incluyen algunos peronistas encandilados por la “unión del Pueblo y las FF.AA.”) todo el espectro político nacional se enfrentó al autoritarismo cursillista. El régimen institucionalizó como doctrina de Estado la de la seguridad nacional. La doctrina no era nueva. Fue aplicada partir de 1955 contra el peronismo; su fundamentación teórica la formulará el General Osiris Villegas (1962-63) al describir y propugnar la “guerra contrarrevolucionaria”. Simultáneamente, desde sectores preconciarios de la Iglesia se preconizaba la misma doctrina (Julio Meinvielle). Asimismo, Onganía la había establecido como doctrina del Ejército Argentino durante la presidencia de Illia (1964)⁶.

En un discurso en West Point definió las funciones del arma en términos de “fronteras ideológicas” y defensa del “occidente cristiano”, obviamente el pro yanqui, cursillista y preconciario⁷. En síntesis, un marco internacional e ideológico turbio y violento, el desprestigio de los partidos “democráticos” basados en la proscripción del peronismo y el “nuevo” autoritarismo de Onganía, no podían menos que influir sobre las nuevas generaciones, y también sobre las viejas, que veían frustradas sus ansias de liberación nacional.

IV. Las “organizaciones”

A partir de 1966 el peronismo de la resistencia comenzó a organizarse de manera celular, tendiendo una parte al desarrollo de un “foco rural” (Taco Ralo, 1967, Fuerzas Armadas Peronistas –FAP-) ⁸. Se trató de una aplicación mecánica del modelo vietnamita y cubano. Eran peronistas que se planteaban el enfrentamiento total a la dictadura eligiendo el elemento más contemporáneo de lucha, aunque fuera un despropósito en la Argentina.

Pero al margen de este hecho demostrativo, lo relevante fue que gran parte del activismo juvenil, peronista o no, de la década del 60 comenzó a pensar su participación en “organizaciones revolucionarias”. La concepción de Movimiento del peronismo las hacía posible: ya habían existido comandos de la Resistencia, de estructura más o menos celular, el COR del General Iñiguez, el Comando de Organización de la Juventud Peronista. La novedad consistió en el desarrollo de una estructura jerárquica piramidal y una organización grupal de militantes con “responsables”, o sinónimo, de “grupos”. Una conducción política propia y la autonomía táctica que permitía el Movimiento posibilitaban que nuevos sectores provenientes del cristianismo post-conciario y del marxismo no soviético se integraran a las organizaciones, y a través de

ellas, al Movimiento. La intermediación “orgánica” cobraba gran trascendencia: los nuevos militantes se integraban al Movimiento a través del planteo político-organizativo elegido.

Algunos grupos armados (FAP, Descamisados y Montoneros) fueron expresión de estas “organizaciones”. Sin embargo, también lo fueron grupos que descartaron el uso sistemático de la violencia como Encuadramiento y Guardia de Hierro. Estos núcleos, fundamentalmente juveniles en su composición, encararon una serie de hechos reveladores de la multiplicidad de tareas a los que los podía convocar el Movimiento en ejercicio de distintas tácticas ante el régimen: desde la propaganda armada en las ciudades (sobre todo desde 1969) hasta la participación en acciones callejeras o el respaldo a conflictos sindicales (con más énfasis a partir del nacimiento de la CGT de los Argentinos, en 1968).

Este vasto accionar transformó a las “organizaciones” en las representantes del peronismo en determinados sectores: el estudiantado y la clase media. Estos habían descubierto la “realidad”. Tanto para los que se aproximaban recién a la actividad política como para los que provenían de militancias no peronistas, el Movimiento aparecía como la expresión de la revolución en la Argentina. Pero aquí, surgieron problemas de interpretación fundamentales: tanto en los sectores de la izquierda no soviética (que comenzaron rápidamente a aprender historia argentina como lo demuestra que recién en 1967 una agrupación marxista “nacional” asumió el 20 de noviembre como día de la soberanía) como en los católicos convocados por la transformación de la Iglesia, subsistieron principios puristas que les hicieron rescatar aspectos parciales de la realidad. Uno de ellos fue el de separar a Perón del Movimiento (el Movimiento es bueno pero Perón no lo es); la elección de una “corriente revolucionaria” del Movimiento (que junto a otros “revolucionarios” le daría la ideología obrera al Peronismo); la concepción de que Perón es síntesis del Movimiento pero no es su conducción (es decir Perón es “apretable” y tiende a reconocer al sector con más poder interno); la necesidad de construcción de una alternativa independiente de la clase obrera” (ya que el Movimiento es conducido -sic- por “burócratas y traidores”); el planteo de: “Perón está cercado” (por lo tanto hay que desplazar al existente y establecer un cerco sobre él); en definitiva, la concepción última: la revolución pasa por el Peronismo, pero no es el Peronismo.

Muchos de los militantes que sustentaron estas concepciones las transformarán en verdadera adscripción al Movimiento. En otros casos quedarán latentes y posibilitarán errores e infiltraciones de contenido ideológico. En una primera etapa de reconocimiento al Peronismo, podría haber existido un “entrismo” ingenuo y purista. Pero más adelante se convertiría en un “entrismo” consciente.

V. Los golpes sobre Onganía

El Cordobazo, mayo de 1969, fue un verdadero plebiscito de repudio al autoritarismo de la Revolución Argentina. La huelga general del 30 de mayo fue un éxito total.

El repudio al gobierno, la presencia de la población de Córdoba desbordando a las fuerzas policiales, y su resistencia al Ejército por más de 25 horas, significó la aparición de la violencia de

masas. Este nuevo componente se repetirá en Rosario, otra vez Córdoba, Mendoza, Cipolletti, General Roca, Malargüe, etc., durante las presidencias de Levingston y Lanusse.

Enmarcados en el Cordobazo aparecieron hechos de violencia inéditos: el asesinato de Vandor, el 30 de junio de 1969, y el de Alonso, en agosto de 1970. El primero de estos asesinatos fue realizado por un grupo que, al momento de los hechos, no reconoció ni publicitó su autoría; recién lo hará en 1974, en la revista *El Descamisado*, afirmando que se había integrado posteriormente a los Montoneros. Esta acción anticipó ciertas características que serán recurrentes en la guerrilla: 1) el ejercicio de la violencia en el interior del Movimiento, en especial contra la conducción sindical (su explicación está dada por la ideología alternativista y rupturista); 2) la muerte como forma de venganza política y como medio para dirimir diferencias políticas; 3) el ejercicio cenacular de la violencia ya que ni siquiera se intentó justificar el crimen (como ya dijimos es descaradamente confesado recién 5 años después). Desde el Cordobazo, recrudecieron las acciones de “propaganda armada” en las ciudades. El 29 de mayo de 1970, un grupo armado secuestró al general Aramburu. Esta acción apareció directamente vinculada a la muerte. El secuestro y “juicio” de Aramburu podrían haberse inscripto en la tradición del peronismo “justiciero”: se trataba de un personaje símbolo, odiado por los peronistas. Su muerte determinó una quiebra fundamental con la tradición de la resistencia peronista, que ejercía la violencia solamente sobre las cosas. Con este hecho nacía públicamente la organización Montoneros. A pocos días del secuestro de Aramburu cayó el gobierno de Onganía.

VI. El fin de la “Revolución Argentina”

Levingston postergó las elecciones en aras de formar el “partido de la Revolución Argentina”. Esta decisión acentuó, en la izquierda no soviética y en sectores de la militancia peronista, la discusión sobre la “guerra popular prolongada” (larga lucha contra el imperialismo y sus fuerzas de ocupación), la “alternativa independiente de la clase obrera” y la “insurrección de masas”. La aparición de los sindicatos clasistas SITRAC y SITRAM era interpretada como la muerte del “mito” peronista. Replotaba la izquierda antiperonista. Simultáneamente Perón estableció su política de Unidad Nacional a través de su delegado Remorino y su sucesor Paladino desde 1968. Se constituyó La Hora del Pueblo (con radicales, socialistas, demócratas progresistas, etc.) reclamando inmediatas elecciones (1970).

Las “formaciones especiales”⁹ aparecieron como una realidad dada y sirvieron a la conducción como elemento de ataque al gobierno y de demostración de la ilegitimidad del régimen. Ya en 1971 Perón, al modificar el Consejo Superior durante la presidencia de Lanusse, describió las tres vías para la toma del poder: “... una es la guerra revolucionaria, otra es una insurrección que parece proliferar dentro del Ejército¹⁰, la otra es la vía pacífica de la normalización institucional: son las tres acciones que se están desarrollando” (Actualización política doctrinaria para la toma del poder, 1971).

En las “formaciones especiales” no existía mayor coincidencia de integrar el dispositivo general definido por Perón en el mismo reportaje: “... tanto los grupos de activistas como el Encuentro de los Argentinos, como la Hora del Pueblo, como las organizaciones sindicales, como las orga-

nizaciones empresariales...". Como toda ala del Movimiento pensaban que su estrategia era la más correcta. Al abarcar su accionar, Perón las legitimaba, pero no en todas sus acciones. Esto sirve para aclarar que no existían órdenes de Perón sino que las "formaciones" se sumaban, o no, a las directivas generales de la conducción. En 1971, el "ideologismo alternativo" desintegró a las FAP; quedarán Montoneros y Descamisados que se irán inscribiendo en la apertura electoral sin abandonar su heterogeneidad de pensamiento (ejemplo de ello eran los mensajes diversos, como "Ni golpe ni elección" y "Perón Presidente" emitidos al mismo tiempo).

Esto señalaba una dualidad profunda. Porque el "Ni golpe ni elección" demostraba la existencia de un componente rupturista. A diferencia de la etapa anterior, se miraba más hacia el interior del Movimiento. El enemigo no eran sólo los imperialismos y la oligarquía, para este sector, sino también los "traidores" de adentro. Y en esa "traición" involucraban fundamentalmente a casi todos los dirigentes sindicales. Se sustentaba una visión del sindicalismo, parcial e ideologista. Este tenía sentido sólo como herramienta de lucha, cercenándole funciones propias de dicha estructura. El idealismo juvenil, visiones desvinculadas de la realidad, propias de la juventud, junto con claudicaciones reales de sectores sindicales, hicieron que esta posición ganara adeptos esencialmente ajenos a la tradición del Movimiento y a su pensamiento doctrinario. La confusión se producía también al levantarse las posturas movimientistas ("Perón Presidente"). Esta dualidad se resolvía en una "nueva ortodoxia".

Pero lo importante era que se deterioraron sensiblemente los vínculos entre la "JP", en crecimiento, y los sindicatos (refugios naturales de las anteriores experiencias juveniles). Los sectores de la "tendencia" fueron desarrollando el planteo de la existencia de dos "proyectos" dentro del Movimiento. Y se explicaba la coexistencia de ambos como meras necesidades tácticas de Perón, es decir, restarle aliados al poder militar. La unidad era postergada para enfatizar la diversidad (además antagonizada). En definitiva, se estaba produciendo un desviacionismo que posteriormente se irá agudizando. A partir de 1972 la presencia del Movimiento fue abrumadora. El gobierno de Lanusse giró alrededor de Perón. Así lo revelan su proscripción individual, los furcios presidenciales (Juan Domingo Sarmiento), el retorno de noviembre, la enorme fiesta popular y el surgimiento del frentismo electoral con candidato peronista tras 17 años de proscripción. Se produjo una novedad en la organización de la Juventud Peronista: todo un sector de la misma (la de las Regionales) se va a desarrollar utilizando como referente a las "formaciones especiales". El sentido heroico y la vocación de transformación son los elementos convocantes. Este sector se organizó a través de coordinadoras regionales referidas al delegado personal de la Juventud en el Consejo Superior (Galimberti) y a las acciones de Montoneros y Descamisados, sumándose a las mismas las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) de reciente adhesión al Peronismo. El crecimiento cuantitativo de este sector de la Juventud Peronista desplazó a los restantes: Peronismo de Base (PB), Guardia de Hierro, Encuadramiento, etc. La idealización de los dirigentes guerrilleros era realimentada por la brutalidad con que el régimen los reprimía. Los secuestros, desapariciones, asesinatos, y sobre todo, la cruel matanza de Trelew polarizaron la situación política.

La actitud intransigente contra la dictadura, cada vez más antiperonista, la legitimidad de ser estructura orgánica del Movimiento y el levantar las banderas de "ortodoxia activa" con las consignas de "Luche y vuelve" "Perón Presidente" y posteriormente "Cámpora al gobierno y

Perón al Poder” definieron el predominio expresado que se sintetizaba en la consigna “Hay una sola JP”. Quedaron desplazados del poder sectores de la JP que quisieron convertirse en el “centro del dispositivo” sin entender que cuando existe conducción estratégica, que abarca todo, ser el centro es servir para otra etapa pero no para la contemporánea. Esa “ortodoxia activa” no resolvía ni la confusión doctrinaria ni la integración con los otros sectores del Movimiento. Subsistían en esta etapa exitista, distintas visiones de la “organización” y de Perón. El crecimiento y los triunfos obtenidos (evaluados como propios cuando eran producto de Perón y del conjunto del Movimiento) así lo explicaban.

A partir de 1973 se produjo en el seno de la JP y de su mentor organizativo (Montoneros) una acelerada tendencia a organizar las distintas JP “silvestres” (porque su surgimiento y crecimiento fueron espontáneos) según rígidos esquemas. Se desarrolló la teoría de los dos frentes de masas centralizados, tanto en sus estructuras públicas como en las clandestinas. La posibilidad de acceso al gobierno ¿estaba modificando la concepción de “guerra popular prolongada” en las “formaciones especiales”? El desarrollo posterior lo niega. Lo indudable es que la concepción de “organización revolucionaria” subsistía ya que aparece la de “partido revolucionario”.

El declaracionismo movimientista y la metodología partidista llevaron en sí a una crisis, tanto con respecto al Movimiento como de representación de las “fuerzas propias”. Es por eso, que en abril de 1973, Perón inició el desmonte del poder de la “tendencia” mediante el relevo de Galimberti, quitándole así uno de los elementos de crecimiento. La persuasión fue la herramienta usada por Perón durante más de un año para modificar las características operativas y políticas de la “tendencia”.

VII. Perón y los montoneros

Vale la pena, antes de rememorar lo sucedido a partir del 25 de mayo de 1973, analizar la actitud de Perón frente a los grupos guerrilleros peronistas y a los Montoneros en particular. Perón no inventó la guerrilla, ni la estimuló; pero tampoco pretendió negar la realidad de su existencia. Procuró encauzarla y sumarla al Movimiento, persistiendo en su intento integrador hasta el 1° de mayo de 1974.

Para comprender esto debemos repensar cómo se perfilaba por entonces la JP. La “organización” propendía a estructurarse rígidamente a la manera de un partido leninista. El nivel de discusión en su base era cada vez menor. Las directivas bajaban y debían acatarse. Su relación con otros integrantes del peronismo era sectaria y crítica, signada por la intolerancia a quien no compartía su posición. La lealtad de sus integrantes a la “organización” se perfilaba como mucho más relevante que la lealtad al Movimiento. Para evaluar correctamente estas características debemos repetir que no eran patrimonio exclusivo de los Montoneros. Antes bien, aparecían recurrentemente en las diversas agrupaciones juveniles que adscribían al peronismo. Se trataba, al menos en apariencia, de un fenómeno propio de todas esas organizaciones que bien podía atribuirse a inexperiencia política, a falta de práctica movimientista, o a un proyecto distinto al peronista.

La “tendencia” adoptó, por entonces, una actitud apologética de la violencia política, con el consiguiente desprecio por la utilización de otros medios. Esta posición tampoco era novedosa en el peronismo y era similar a la que adoptaban viejos militantes de la Resistencia. Sin embargo, andando el tiempo, se advertía que el origen de las actitudes era distinto. En un caso la reivindicación de la lucha era la respuesta purista y crítica del hombre de la Resistencia, que no se resignaba (ni adecuaba) a ver y a participar de las negociaciones y “componendas” propias del accionar político; en el otro, era una metodología elegida racionalmente en búsqueda del poder total.

La “tendencia” aglutinaba numerosos jóvenes que, con virtudes y defectos, habían luchado contra la dictadura militar y se habían sumado al Movimiento Peronista. Su conductor, por entonces, no tenía razón válida para excluirlos. Sus defectos no los inhabilitaban: podían corregirse. Por lo demás se abría una nueva etapa en la cual harían mucha falta la capacidad de movilización y las ansias de cambio, que esos jóvenes encarnaban. No es de extrañar, entonces, que Perón, les diera cabida en el tercer gobierno peronista.

VIII. El peronismo en el gobierno: los cargos

Al llegar a su tercer gobierno, el peronismo repartió cargos y poder entre todos sus integrantes y aliados. Esta coherente actitud no fue novedosa: Perón siempre buscó unificar el campo nacional; ya en 1946 había conversado con Amadeo Sabattini con miras a una alianza peronista-radical que volvió a tentar a través de La Hora del Pueblo.

Es que -por definición- el Movimiento peronista pretende representar todos los sectores y grupos nacionales de la comunidad. Siendo así, es lógico que -cuando gobierna- convoque a esos grupos y sectores a compartir tramos de poder. En ese aspecto y contrariando la “Leyenda negra” tejida por nuestra historia oficial, el peronismo siempre fue generoso con sus aliados. El reparto de cargos de 1973 es una prueba acabada de ello. El Frejuli postuló como vicepresidente a Vicente Solano Lima, integrante de un partido, que difícilmente representara el 5% del electorado. Su designación era un acto de vocación movimientista y una compensación a un aliado fiel. El MID y los populares cristianos, que también integraron el Frejuli, recibieron un número de bancadas parlamentarias ampliamente superior al que hubiera correspondido a su capacidad electoral.

La Juventud Peronista, y en especial la “tendencia”, recibió también su cuota de poder. Los gobernadores de varias provincias (entre ellas Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Salta, San Luis, Santa Cruz) eran hombres aceptados o promovidos por el sector; también el Ministro del Interior de la Nación (Esteban Righi). El Ministro de Educación (Jorge Taiana), hombre del peronismo histórico, era también aceptado y respetado por la “tendencia” a quien se confió, virtualmente, la Universidad de Buenos Aires. De hecho, en la “interna” peronista previa a 1973 fue dable observar una alianza tácita entre sectores del “peronismo histórico” político y de la “tendencia” a fin de contraponerse a candidaturas provenientes del sector sindical. Esa alianza

explica la fervorosa adhesión de los Montoneros al presidente Cámpora. Algo parecido sucedió con Bidegain, quien fue electo gobernador de la provincia de Buenos Aires.

La amnistía

El 25 de mayo de 1973 Cámpora asumió como presidente y -presionado por los Montoneros y por la ultraizquierda no peronista- indultó a los presos políticos, decretando su consecuente liberación que se produjo en forma violenta y tumultuosa (huyendo presos comunes; hubo enfrentamientos, de resulta de los cuales se produjo la primera muerte violenta en el nuevo gobierno). Poco después, el Congreso Nacional, a iniciativa del peronismo y, con acuerdo de todos los otros partidos, amnistió a todos los presos políticos. La anécdota revela que el Movimiento reconocía la legitimidad de la lucha contra la dictadura y que los Montoneros preferían (aún al costo de deteriorar al gobierno y provocar muertes) “hacerse justicia por su propia mano” y atribuirse la reivindicación como propia, antes que compartirla con el gobierno y acordar con éste la decisión y el modo de implementarla.

El día mismo en que asumía el presidente Cámpora, los Montoneros prefirieron obrar de consuno con grupos antiperonistas y “forzar” la libertad de los presos (que de todas formas sería decretada en forma casi inmediata). Ya entonces obraron como opositores que tenían que “arrancar” respuestas al gobierno y no como integrantes del mismo. Las medidas mencionadas (amnistía, participación en el gobierno) admiten una sola explicación: el peronismo quiso integrar a la “tendencia”.

Entendemos que esa decisión (que no tuvo éxito) fue correcta. Para descalificarla no se puede caer en el facilismo de decir que fue equivocada por que no resultó. Sería un error, por dos razones: 1) no puede saberse si se hubiera logrado mejores resultados eligiendo otro método; para hacerlo el peronismo debía validar la represión de la dictadura militar y condenar al ostracismo a quienes utilizaron la violencia a la que (en buena medida) fueron compelidos por un orden injusto. Esa conducta hubiese sido explicable también; 2) porque, al momento de producirse estos hechos nadie preveía el desarrollo ulterior de la “tendencia”. Nadie pensaba que, en lugar de acentuar su movilización y su reclutamiento de masas, se refugiaría exclusivamente en el terrorismo. Tampoco, en 1973, nadie pensaba que en 1975 los Montoneros serían nuevamente, sólo la organización guerrillera. Lo que impactaba a propios y extraños, y los definía ante ellos, era su voluntad y capacidad de movilización y exigencia de participación. Prevalcía en la Argentina la sensación que la “tendencia” era un nuevo actor político con aptitud para movilizar multitudes en defensa de un proyecto revolucionario. Este punto de vista era compartido por intérpretes tan disímiles como Lanusse, Alfonsín, el MID, el comentarista político Rodolfo Terragno, el diario “La Nación”, etc.

Los Montoneros encabezaban un accionar de masas cuyo proyecto aparecía como “apresurado” con relación al de Perón. ¿Debía el peronismo aislarlos o negar su existencia? Entendemos que no. Las diferencias en orden al proyecto podían y debían ser dirimidas en el seno del Movimiento, que admitía (siguiendo a Perón) “apresurados” y “retardatarios”. Resumiendo, la

“tendencia” podía integrarse al Movimiento, siempre que aceptara integrarse con otros grupos y sectores.

Perón no pensaba que la “tendencia” fuese la síntesis del Movimiento Peronista, pero sí se proponía integrarla a esa síntesis. Pero el proceso se complicaba cada vez más. La creación de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) se constituyó en real factor de perturbación. Porque demostraba: 1) el afianzamiento de la concepción leninista de partido (frente de masas obrero) y 2) el antagonismo con la CGT. Se acusaba a esta última de no haber aportado al proceso de lucha contra la dictadura, de estar conducida por “traidores” y “burócratas”, de haber “entregado” agrupaciones de base y por último se la amenazaba con la desaparición. Esto último se expresaba en la consigna: “JTP la nueva CGT”. Se había optado por el enfrentamiento. Esto se explicitó públicamente desde el acto de lanzamiento de la JTP en el Luna Park (1º de mayo de 1973).

El desafío de gobernar

El 25 de mayo de 1973 se produjo, para todo el movimiento peronista y también para la “tendencia”, un cambio cualitativo esencial: pasar de la resistencia al gobierno. La actividad política, dicen sus analistas, abarca dos fases diferenciales conceptualmente: la de la lucha por el poder y la de la construcción. La primera es, quizá, la más fácil de advertir y esquematizar. La segunda, es en realidad, el fin de la actividad política y resulta la más ardua.

Se puede luchar sin construir pero no se puede construir sin luchar. Nunca se tiene todo el poder, nunca se actúa sin enemigos. La lucha existe siempre y puede existir en estado puro. La construcción jamás. El 25 de mayo de 1973 ofrecía a aquellos cuya vida política había sido sólo lucha la posibilidad de integrarla a la concreción del proyecto que le daba razón de ser. La lucha -violenta o no- sólo es valiosa cuando es medio para el logro de un fin superior. Cuando carece de fines, la lucha es execrable. A partir de ese momento los Montoneros desplegaron un accionar aparentemente ambiguo: incrementaron el trabajo de “superficie”, participaron en el gobierno, pero sin abdicar de ninguno de sus medios de acción. Sus cuadros intentaron tareas nuevas para ellos: montaron agrupaciones de base, participaron en los poderes estatales, publicaron diarios y revistas de amplia circulación nacional. Incluso, aceptaron su relación con sectores políticos y sociales ajenos o contrarios al peronismo; aún con las Fuerzas Armadas. Es decir, se comportaban como un partido. En cambio, su posición respecto del peronismo, y aún del gobierno que integraban, era marcadamente crítica. No sólo censuraban -como siempre lo habían hecho- a la “burocracia sindical”, también dirigieron sus dardos contra el pacto social preanunciado durante toda la campaña electoral. La crítica al pacto social acreditaba nuevamente la posición de enfrentamiento al gobierno. Su formulación revelaba además la convicción de que Montoneros era “el partido de la revolución”. Los Montoneros se mostraban, no ya como el “ala intransigente” del Movimiento revolucionario sino como el partido revolucionario. Las críticas preservaban aún la figura de Perón, cuya lejanía geográfica servía de explicación para tantas “desviaciones”. Sin embargo, la consigna “conducción, conducción, Montoneros y Perón”, coreada entusiastamente en los actos, demostraba la falta de confianza en el líder y la convicción de que Montoneros era la vanguardia.

IX. Ezeiza

El 20 de junio de 1973 Perón regresó definitivamente a la Argentina. Lo esperaba en Ezeiza la mayor movilización popular de nuestra historia. La “tendencia” tiene, por entonces, dos agravios específicos por los que desea increpar a Perón: la ya mentada destitución de Galimberti y su exclusión de la organización del acto del 20 de junio. En respuesta a esas medidas (y a la advertencia que implicaban) los Montoneros se proponen ocupar los espacios físicos cercanos al palco para probar a Perón “quiénes son los verdaderos peronistas”.

El copamiento fue resistido por los organizadores del acto. Salieron a relucir armas de ambas partes, hubo muertos y heridos; Perón no pudo saludar a su pueblo. La multitud (que en su inmensa mayoría no participó ni física ni espiritualmente en el choque entre bandas armadas) se desconcentró en una atmósfera de miedo, duda, dolor y silencio, que difícilmente olvidaremos quienes allí estuvimos. Los Montoneros condujeron a cientos, a miles, de militantes a un enfrentamiento cuyo objetivo declarado era conquistar el espacio aledaño al palco para probar a Perón su capacidad de movilización. El resultado inmediato ya fue señalado. El ulterior fue el miedo, la desmovilización: los siguientes actos peronistas (12 de octubre de 1973; 1º de mayo de 1974) reflejarán una merma en su concurrencia.

Contradeciríamos nuestras palabras si juzgáramos a la “JP” sólo por los resultados que a veces son inevitables o -al menos- no deseados. Es necesario, entonces, analizar sus fines. Para ser objetivos debemos admitir que existen dos posibilidades: que los fines declamados fueran los buscados o que no lo fueran. Si no lo fueron, la conducta de Montoneros es insostenible desde el punto de vista de la ética política. Es repudiable que el accionar de masas se base en la mentira y la manipulación. No es digno conducir militantes a la batalla y a la muerte mintiéndoles: ¿cuál es la batalla y por qué se pelea? La política de masas requiere una sinceridad esencial.

Supongamos, en cambio, que el objetivo proclamado fuera ocupar el palco. La conducta elegida sería reprochable desde otro ángulo: el de su sensatez. El fin perseguido era totalmente desproporcionado con los medios (y los costos) elegidos al efecto: ¿valía la pena “ganar” el acto a cualquier precio? ¿Hubiera cambiado la historia si se tomaba el palco? En definitiva, ¿el puente 12 y sus alrededores eran el poder dentro del peronismo? La respuesta es siempre negativa. Un espacio físico en un acto puede ser un símbolo de poder. Jamás el poder mismo. Asimilarlos es un delirio. Podrá aducirse que tomar el palco no era un fin en sí mismo, sino un medio para demostrar a Perón la capacidad de la “tendencia” o -aún- “para apretarlo”.

Ese argumento fue utilizado por la “tendencia” que recuperó por entonces un discurso político que explicaba los presuntos errores de Perón, basándose en lo que podría llamarse la “teoría del cerco”: Perón no sabía lo que pasaba en el peronismo, ya por su distancia física (mientras estaba en España), ya por estar rodeado de una “camarilla” que le impedía el contacto con el pueblo. Esa “incapacidad” de Perón se agudizaba incluso en razón del uso de objetos materiales: en Ezeiza y el 12 de octubre de 1973 el espacio donde Perón debía hablar, estaba protegido por un vidrio blindado. La “tendencia” censuró esa medida de seguridad afirmando que “impedía el real contacto con el pueblo”.

Como se ve, el argumento partía de una imagen peyorativa de Perón, quien aparecía (en el mejor de los casos) como un jefe “despistado” acerca de lo que sucedía en su propio movimiento, un incrédulo al que todo debía probarsele, ya que -por sí mismo- nada comprendía. El “discurso” mencionado podría resumirse así: 1) Perón debe saber que... 2) Perón está rodeado y cercado por enemigos que le impiden saberlo. 3) Hay que demostrarle a Perón que..., por cualquier medio. Desde luego, ese hilo argumental prefiguraba un desarrollo ulterior: 4) Se ha probado a Perón que... 5) Perón persiste en su conducta, ergo... 6) Perón es enemigo. Sin embargo, al 20 de junio de 1973 este colofón (casi obvio) no había sido desarrollado, cuando menos, no había sido hecho público. Ya lo sería más adelante.

La conducta de la “JP” en Ezeiza demostró tres recurrentes características de su accionar político: 1) Actitud ambivalente frente a Perón. A Perón se lo invocaba, presuntamente se lo seguía o se lo homenajaba, pero a la vez se lo identificaba como un jefe poco informado a quien continuamente había que mostrar el camino correcto, a quien había que “apretar” con hechos para que actuara como correspondía. Un supuesto Jefe que no es tal, ya que no tiene conocimiento de la realidad y que sólo obra bien cuando es obligado a ello. Un jefe que no es (ni merece ser) Jefe. Un jefe, en suma, al que hay que conducir. 2) Falta de proporción entre objetivos y medios. “Ganar” un acto es un objetivo político habitual, casi cotidiano. Quizá por esa misma razón, ese objetivo no justifica la utilización de cualquier medio. No es sensato, ni justo, sacrificar cientos de vidas para ganar un acto.

Esta inadecuación de fines y medios conlleva dos trágicas consecuencias: a) el desprecio por las vidas humanas (propias y ajenas) que se ofrendan o cercenan en aras de cualquier finalidad por menor o subalterna que parezca y b) la apología de la violencia, que en lugar de ser vista como un medio no deseable cuya aplicación es imposible de eludir en determinadas circunstancias, es captada como el mecanismo más eficiente para lograr resultados. 3) Utilización de los actos como campo de batalla, hasta la aparición de la “tendencia”, los actos públicos del peronismo fueron -en esencia- fiestas populares. Así vivimos también, casi todos los peronistas, los prolegómenos de Ezeiza.

Para la “tendencia”, en cambio, los actos eran el escenario ideal para el enfrentamiento político interno, pues pretendía -de estar a sus dichos- probar en cada acto “su capacidad de movilización”, lo que en la práctica equivalía a ocupar los mejores sitios, imponerse en las guerras de consignas, etc.; es decir, conseguir un desplazamiento físico de sus antagonistas.

Confundir ese ejercicio de violencia con la movilización es -cuando menos- un grave error. La movilización es un medio de participación. Nunca un fin en sí mismo. La capacidad de movilización es útil cuando se endereza al logro de participar, no cuando simplemente procura ganar espacio político en un acto. En realidad, lo que se desarrolla así es una suerte de “profesionalismo” en el arte de imponerse en un acto político, actividad sin duda menor a la que no deben destinarse tamaños esfuerzos. Los Montoneros eran ambiguos al respecto. Por un lado, alababan a la movilización y a los actos populares. Por otro, generaban roces y conflictos en dichos actos suscitando una lógica retracción en sus asistentes. Acudir a un acto significaba, ciertamente, peligro físico; por lo tanto los actos pasaron a ser (casi exclusivamente) tarea para mili-

tantes y no convocatoria para el pueblo todo. Visto a la distancia quizá el objetivo buscado era desmovilizar al resto del peronismo. También es conjeturable que los actos fuesen “pista de pruebas” para la práctica de la acción directa. La ulterior política de los Montoneros parece corroborar tales hipótesis. No podemos cerrar esta primera parte sin destacar que los grupos minoritarios que ocupaban los palcos de Ezeiza compartían, en esencia, la visión elitista y violenta de sus ocasionales adversarios. Ellos también desearon el choque armado y lo vivieron como un triunfo. Los auténticos derrotados fuimos los millares, quizá millones de peronistas que no nos habíamos propuesto una victoria en la lucha interna, sino “meramente” ser protagonistas y testigos del reencuentro entre Perón y su pueblo.

Notas

1 Existe dificultad en la designación del sujeto protagonista, la expresión “tendencia revolucionaria” es la más amplia, designa no sólo a los conductores y militantes sino también a sus adherentes. Es por lo tanto, muy abarcativa pero impropia para ser utilizada cuando se habla de la toma de decisiones, que -como diremos en la nota- estaba reservada a un grupo muy reducido. La palabra “Montoneros” es más gráfica pero -en realidad- define al aparato armado y conducción de la “tendencia” resultando así impropio utilizarla en forma extensiva. La expresión “JP” es también gráfica pero inadecuada, ya que la “tendencia” no era el único grupo de la Juventud Peronista, aunque así lo proclamara. La expresión “JP Regionales” fue utilizada en la época pero resulta incompleta, pues aunque el fenómeno fue esencialmente juvenil, terminó convirtiéndose en otro “frente de masas”. Para facilitar la lectura y aún a riesgo de cierta imprecisión hemos optado por usar en forma más o menos indistinta las expresiones “Montoneros”, “Tendencia” y “JP”.

2 Proclama del General Valle del 9-6-1956: “IV las Fuerzas Armadas: - Reestructuración de las mismas con vistas a las necesidades de defensa nacional”. Revista Así, N° 783, 8-6-1971. Ya se había producido la transformación de hecho de los objetivos militares.

3 Así lo ve uno de los protagonistas: “Perette:(..) Lo que hay que aclarar es que en 1963 el peronismo no fue proscripto. Lo que fue proscripto fue un pacto donde intervenía el peronismo. Pero no se proscribió al peronismo”. Revista Así, N° 868, 23-1-1973, pág. 10. El ex vicepresidente se refiere a la fórmula del Frente Nacional y Popular: Solano Lima-Silvestre Begnis, apoyada por la Unión Popular, UCRI y Partido Conservador Popular.

4 Las características estructurales de muchos países que emprendieron la lucha por su liberación nacional (población preponderantemente campesina, presencia de ocupantes extranjeros -civiles o militares-, estratificación social polarizada) explicaban por qué eligieron como organización, el partido único, como método, la lucha armada y como objetivo, el socialismo. Estas opciones fueron correctas pero su aplicación mecánica señala que no se pensaba al país desde la realidad.

5 Hay tendencias a hablar del liberalismo como un bloque homogéneo. Y no lo fue ni aquí ni en Europa. En nuestra historia se expresa en dos grandes bloques: el autoritario y el democrático. Simultáneamente existe una “mentalidad liberal” producto del normalismo decimonónico y

que se da en gran parte de los argentinos y su sistema de creencias. A este concepto nos referimos en el artículo: "Illia: (...) Ningún funcionario de gobierno obró a espaldas mías".

6 "Perette: Yo quiero agregar algo a lo expresado por el doctor Illia. En nuestro gobierno se ejerció la plenitud del poder". Revista Así, N° 868, 23-1-1973, pág. 11.

7 El cursillismo tiene como origen a sectores católicos con vocación de constituirse en "factor de poder". A través de una misma concepción religiosa, pero fundamentalmente unificados en su visión temporal, protagonizan "cursillos de cristianidad". Los mismos se hacen para ganar nuevos adherentes, consolidar relaciones y generar propuestas en distintos niveles (político, militar y económico). Sus miembros son fundamentalmente "líderes" o figuras prominentes de cualquiera de esas tres áreas. A partir del Concilio Vaticano II, se convirtieron estos cursillistas en exponentes de una reacción adversa a una Iglesia convertida en Madre y Maestra de los Pueblos.

8 El antecedente previo, de origen no peronista, se produjo en Salta (1964). Fue la experiencia afín a los planteos de la OLAS.

9 La denominación nace en el lenguaje peronista para definir a los grupos armados y, genéricamente, a los nucleamientos de activistas. Esta designación enfatiza la subordinación de estas "formaciones" a una estrategia global, obviamente definida por Perón.

10 Recordemos el levantamiento de Azul y Olavarría contra Lanusse.



El gobierno peronista 1973-1976: los montoneros (segunda parte)

Por Norberto Ivancich y Mario Wainfeld

Publicado en la Revista Unidos, Año 3, N° 6, agosto de 1985, reeditado en CUADERNOS ARGENTINA RECIENTE, N° 2, junio de 2006

Es ésta la segunda parte de un estudio sobre un tema polémico y crucial: las relaciones entre los Montoneros y el Movimiento Peronista entre 1973 y 1976. La primera parte (publicada en UNIDOS N ° 2) analizó las causas de la violencia en la Argentina, los orígenes de la guerrilla peronista, sus influencias ideológicas y los sucesos acaecidos desde la asunción del Presidente Cámpora hasta el acto de Ezeiza. La segunda parte abarca el período entre el 20 de junio de 1973 y el 1° de mayo de 1974. Los autores analizan las causas de los hechos y reflexionan acerca de la violencia, la intolerancia, la ética política y los aciertos y errores del tercer gobierno peronista. El trabajo se cerrará en el próximo número y describirá los

hechos producidos entre el 1 ° de mayo de 1974 y la caída de Isabel, explicitando las conclusiones de los autores.

Introducción

La conducta de los Montoneros¹ en Ezeiza, que prefigura su ulterior accionar durante el gobierno peronista, merece críticas desde diversos ángulos. Puede cuestionarse su falta de disciplina dentro del peronismo. Esta es una crítica fácilmente relativizable, por dos razones: 1) es meramente “internista” y de escasa relevancia para los no peronistas y 2) en general la indisciplina campeaba por entonces en el Movimiento Peronista.

Los Montoneros no eran -en esto- moscas blancas. En cambio, es innegable e intolerable la insinceridad de su “discurso”. Su proclamada adhesión al peronismo y su real oposición al mismo enrarecieron la vida política del movimiento y de la Nación toda. Suscitaban una política basada en la mentira y la confusión cuya inmediata consecuencia sería la acentuación de las tensiones existentes en el peronismo y la realimentación de una lucha interna pletórica de intolerancia. También es inaceptable su opción por la violencia que los dejaba a trasmano de la sociedad argentina.

El uso de “los fierros” no contrariaba sólo a los asistentes a Ezeiza o a los peronistas; también a la inmensa mayoría de los argentinos que ansiaban, a partir del nuevo gobierno constitucional, vivir en paz. La metodología elegida por los Montoneros los alienaba de las masas peronistas y de la inmensa mayoría de la sociedad. La suya era una violencia de élites, lo que quizá no se notó el 20 de junio, pues consiguieron arrastrar a numerosos militantes. En lo sucesivo, les resultaría cada vez más difícil movilizar multitudes; ya nunca más podrían llevarlas a un enfrentamiento armado. En apenas dos años esa incapacidad se haría notoria y los forzaría a regresar a la clandestinidad, renunciando a su intento de política de masas.

A doce años vista, pierde importancia la crítica a la falta de peronismo de los Montoneros. En cambio, conservan vigencia los reproches ilevantables a su insinceridad y a su elitista opción por la violencia.

Ezeiza: un símbolo

El acto de Ezeiza contuvo elementos sustanciales del período a analizar: 1) acción de minorías armadas, en gran medida indiferentes a los efectos que podían causar en el conjunto del pueblo (por ejemplo, un tiroteo en semejante multitud); 2) desconcierto y temor en la multitud que en ningún momento pensó que el retorno definitivo de Perón se expresara de esa forma; 3) la equivocada idea de la representación que tenían los grupos que desataron la violencia; ni la multitud encolumnada detrás de los carteles Montoneros, ni la que concurría con los gremios, la JSP o los distintos nucleamientos políticos internos, se adscribían mecánicamente a los planteos de esas conducciones parciales; 4) la trascendencia que cualquier hecho del movimiento peronista tenía en la sociedad y en los otros componentes políticos de la Argentina.

Ezeiza se constituyó en un símbolo de la relación entre las distintas fuerzas políticas y de cómo operaban en la realidad. El eje del acto era el desagravio del general Perón por sus 18 años de exilio y también una afirmación de la esperanza colectiva que se depositaba en este “hombre del destino”. Terminó siendo una masacre liderada por vanguardias. En esta enorme manifestación, la más multitudinaria de la historia argentina, los Montoneros y sus respectivas agrupaciones movilizaron una cuota importantísima de la concurrencia. Esta capacidad de convocatoria no provenía exclusivamente de su propia estructura de organización y conducción sino de su acompañamiento a las actividades del movimiento peronista. Ezeiza fue la cima del prestigio y de la demostración de poder de masas de la organización Montoneros. Las FAR aparecían en un papel secundario –mucho más irrelevantes aún– los grupos ERP 22 y FAL 22, que se expresaron meramente con carteles. El resultado de la manifestación influirá necesariamente en la conducción de la “tendencia”. La ambigüedad con respecto a Perón se constituirá en un componente constante de este período. La demostración de poder que realizó el 20 de junio no será reeditada. Aunque la “tendencia” mantuvo un nivel de convocatoria importante, comenzó a desvincularse del movimiento y a perder inserción en la sociedad. El aislamiento con respecto al peronismo y la sociedad global van a ser los elementos a desarrollar en ésta y en la siguiente nota.

Aislamiento respecto al peronismo

Desde que Perón volvió a la Argentina, se sintió obligado a asumir una triple tarea: proponer un nuevo orden político (la “democracia integrada”), gobernar y procurar poner orden en el movimiento peronista. Para lograr este último objetivo debió consagrar buena parte de sus esfuerzos a persuadir/enfrentar a los Montoneros.

El enfrentamiento -que debilitó al gobierno popular y desangró (en sentido real y figurado) al movimiento peronista- podría haberse evitado si la JP Regionales hubiese aceptado el rol que quiso adjudicarle Perón: ser el “ala izquierda”. Para hacerlo debía: a) acatar la conducción de Perón, b) desarmar militarmente a sus “organizaciones” aceptando que el monopolio del uso de la fuerza lo ejerciese el gobierno popular y c) sumarse a la tarea de gobernar para la liberación nacional.

El compromiso exigible no incluía la abdicación de sus banderas revolucionarias ni -aún- de su postura crítica ante otros integrantes del Movimiento. El peronismo siempre había aceptado esas actitudes. Eva Perón y John William Cooke son dos ejemplos que corroboran nuestra afirmación. El montonerismo debía renunciar al vanguardismo elitista, a la búsqueda del poder total y a la violencia. No quiso hacerlo. Pudo utilizar el aparato del Estado para estimular el avance del proceso de liberación y en cambio; prefirió usarlo como campo de batalla. Los puestos logrados por el gobierno popular fueron usados ambiguamente: comenzaron a realizar actos de gobierno que marcaban una auténtica vocación de transformación; en otros casos vieron al Estado como mero proveedor de infraestructura para la “organización”. Con el paso del tiempo, lo convirtieron en base de agitación para diferenciarse de Perón.

Esto indicaba que el eje no era el gobierno, que tenía componentes contradictorios, sino el crecimiento propio. Por ahí pasaba el proyecto “revolucionario”. Cuando se incrementó el

enfrentamiento con Perón, se perdió la vocación de ser parte del movimiento y del gobierno. Ambos se usaron sólo como un escalón en la búsqueda del poder. Para comprender esa política de los Montoneros es necesario recordar la composición social y la predisposición ideológica de sus militantes. Ya hemos dicho que la mayoría de éstos eran jóvenes de clase media, de reciente incorporación al peronismo. Era bien posible que no lo entendieran; pero también era cierto que no deseaban repetir los errores de anteriores generaciones de la "izquierda intelectual". No querían enfrentar al peronismo, más bien lo habían "descubierto". A esos jóvenes y a los que provenían de una antigua militancia en el Movimiento no podía seducírseles proponiéndoles enfrentarse a Perón. En cambio, podía atraerlos la idea de ser "vanguardia lúcida". Eso exactamente es lo que les propuso la conducción montonera. Muchos militantes de la "tendencia" aceptaron esa propuesta. Por eso, en la nota anterior, hablamos de "entrismo" ingenuo. El triunfalismo de 1973, les hacía pensar que el auténtico peronismo se expresaba sólo en los combatientes contra la dictadura y en Perón; que sólo ellos representaban al movimiento peronista. Las restantes instancias políticas les parecían componentes anacrónicos y en extinción ante una nueva identidad política.

Distinta era la situación de la conducción montonera: su "entrismo" era consciente. Se consideraban líderes del "partido de la revolución"; el peronismo, del que pretendían ser los continuadores, sólo era una herramienta: lo superaban o superarían oportunamente en su búsqueda del poder total.

Esta separación entre el proyecto "montonero" y su discurso público explica en buena medida su actuación a partir del momento en que Perón se radicó en la Argentina. Se trataba de una situación novedosa: el enorme poder de Perón coexistiendo con la multiplicidad de nucleamientos políticos que caracterizaban una estructura organizativa producto de un movimiento de oposición. Sin la existencia de los Montoneros se habría producido una lógica lucha interna para tomar posiciones dentro de la estructura política (movimiento, partido, sindicatos y Estado). La llegada de Perón pospuso esa lucha, ya que todos los grupos y "organizaciones" que habían sido arrollados por la capacidad de convocatoria de la "tendencia" plantearon una nueva redistribución de poder. La presencia de Perón (un poder superior al de la "tendencia") les abrió el camino para "barajar y dar de nuevo".

Ante este dato incontestable, la conducción de la "tendencia" tenía ante sí una variada gama de posibilidades para reactualizar su política; pero sólo podrían hacerlo si comprendían las relaciones de poder vigentes en la Argentina. En cambio, si reivindicaban la concepción de "guerra popular prolongada" no podían menos que pensar que el gobierno era un escalón más para su enfrentamiento frontal con las Fuerzas Armadas (FF.AA.) y el imperialismo. Su "ideología de organización" (creían que solamente ellos eran el eje del avance popular) convertía a Perón en una figura que simbolizaba al Frente Popular. Creían que era necesario construir "realmente" ese frente: con organizaciones y conducciones políticas que acordaran desde la homogeneidad propia. ¿Podrían coexistir ambas concepciones, la de la guerra y la de la construcción en paz? Si los Montoneros hubiesen reconocido sus limitaciones ante el legítimo poder de Perón y desmontado su concepción de guerra prolongada, podrían haberse articulado ambos proyectos, aún considerando que el de Perón era limitado. El elemento clave de juzgar antagónico el de Perón implicaba la necesidad del enfrentamiento.

La "ideología de organización", de "partido revolucionario" (que no era monopolio de la "tendencia") simplificará en una frase este cuadro: "el General nos quiere destruir". Es decir, el responsable de que "se frene" la revolución es "otro"; es ajeno a "la organización" que no incurre en ningún error. La "incomprensión" reside en "el otro", "el que no ve 'la realidad'" (¿será porque no tiene la metodología "científica" para ello?). La soberbia de tal afirmación, el rechazo a cualquier autocrítica realimentaban la supuesta eficiencia de la "orga". El razonamiento culmina con meridiana claridad: es un problema ideológico "¿para qué estamos nosotros sino para dar la batalla en ese campo?".

Las consecuencias serán claras: pérdida de consenso en el movimiento peronista, pérdida de fuerzas propias y disociación de la problemática de la sociedad argentina, es decir, de "la realidad concreta" que suponían interpretar.

Los Montoneros se propusieron mantener su base de sustentación militante -que se había desarrollado en el seno del peronismo- pero además atacar al proyecto de Perón. Su ambigua actuación combinaba una permanente declamación de adhesión con un continuo hostigamiento a Perón, a través del ataque al gobierno. Ese doble juego no se podía sostener por mucho tiempo. Por eso el accionar montonero fue plagado de "hechos políticos", de marchas y contramarchas, cuyo vertiginoso devenir impedía analizar los hechos y las consignas obligando a una continua gimnasia zigzagueante. Esto fue criticado desde grupos de izquierda, de afuera y de adentro del peronismo. Basta recordar las publicaciones del Peronismo de Base y de "Militancia peronista" que permanentemente subrayaban la inconsecuencia política de la JP Regionales que no era capaz de romper con el peronismo "burocrático" (que incluso abarcaba al mismo Perón). Este izquierdismo infantil, curiosamente, sirvió para legitimar la ambigüedad de la "tendencia" y que la hizo aparecer como "centro", criterio que era fortalecido por los ataques que sobre ella descargaban los cenáculos de derecha del movimiento. No sólo los ataques aglutinaban a los miembros de la "tendencia": la violencia asimismo cumplía un rol esencial. Establecía un "pacto de sangre" entre sus militantes. Las represalias que en buena medida ellos mismos provocaban (su falta de ética ¿no habrá motivado incluso autoatentados?) posibilitaron que se desarrollara entre los miembros de la organización un espíritu de cuerpo quizá irracional pero más sólido y duradero que la adhesión a un movimiento que no entendían del todo.

El "reunionismo permanente", la publicación de un diario Noticias, de un semanario El Descamisado y la carencia de relaciones horizontales con otros sectores del movimiento, fortalecían este espíritu de cuerpo y alienaban a los militantes de la "tendencia" del resto de la sociedad. De todas formas, la duplicidad no tiene mucha sobrevida cuando se intenta una política de masas. Los Montoneros lo sabían y por eso aceleraron al máximo su lucha contra el gobierno peronista al que reiteradamente decían apoyar. Desde el 25 de mayo de 1973 hasta el 1º de mayo de 1974 la conducción montanera intentará mediante la movilización permanente, y determinado uso de la violencia, debilitar y desprestigiar al movimiento peronista, usando su "camiseta". Irá revelando su proyecto sin explicitarlo nunca del todo. Criticará indirectamente a Perón sin romper jamás formalmente con él. Sus ataques nunca abarcarán a todo el pero-

nismo; sino a alguno de sus sectores, en especial el sindical y el lopezrreguista, y muy rara vez a Perón.

La confusión no podía mantenerse mucho tiempo; por eso era preciso apurar el enfrentamiento con Perón, discutiéndole su legitimidad y sus banderas. Así lo intentaron. La reseña de los hechos revelará cómo Perón fue desmontando sus intentos hasta expulsarlos el 1º de mayo de 1974. Esa expulsión determinó la derrota política de los Montoneros quienes no pudieron continuar su acción de masas cuando se demostró que su peronismo no era el de Perón.

Después de Ezeiza

El 21 de junio de 1973 el general Perón habló al país. No hizo mención directa a los hechos producidos en Ezeiza un día antes; prefirió referirse a la situación política de la Nación y del Movimiento. La oratoria de Perón ha sido frecuentemente ensalzada o criticada; pocas veces estudiada. Eso hace necesario resaltar la capacidad de adecuación que tenía a su auditorio y a sus circunstancias y tenerla en cuenta para analizar sus discursos. En el del 21 de junio, habló, al mismo tiempo, a dos auditorios: el pueblo todo y el Movimiento Peronista. Al pueblo le transmitió su mensaje de paz y unidad y su deseo de terminar con los revanchismos (“nada puede perturbar mi espíritu porque retorno sin rencores ni pasiones”, “reorganicemos nuestro país y dentro de él al Estado (...) para él elijamos a los mejores hombres, provengan de donde provinieren”). Frente al Movimiento reiteró su liderazgo y ratificó la necesidad de mantener su identidad (“Nosotros somos justicialistas. Levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes. No creo que haya un solo argentino que no sepa lo que ello significa”). El propósito de Perón era claro: ser el eje de unidad de las fuerzas nacionales olvidando luchas facciosas y consolidando al Movimiento como avanzada de esas fuerzas.

No existía, como se pretendió ver por entonces, un Perón tolerante con los de “afuera” e intolerante con los “de adentro”. Lo que quería era conducir no ya al movimiento sino a todas las fuerzas nacionales; a tal efecto era preciso que aquél y éstas fueran homogéneos, sólidos y coherentes y no se desgastasen en luchas intestinas. Perón no vetaba ninguna línea de pensamiento ni ideología: se limitaba a exigirles sinceridad política; que los no peronistas no infiltrasen el Movimiento; que hubiera (dentro del sector nacional) definiciones claras. Tal es el contenido del discurso del 21 de junio: una convocatoria a la lucha común, pero con el compromiso ético de identificarse políticamente. Algunos párrafos aludían con nitidez a los Montoneros; (“los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado, se equivocan”).

El marco internacional

Mientras Perón perfilaba cuál sería la conducta política que llevaría delante hasta su muerte, la violencia seguía imperando en la Argentina y en sus países vecinos. En los diez días siguientes al retorno definitivo del general, se produjeron sendos golpes de Estado en Uruguay y Chile. El de Uruguay fue exitoso y acabó -hasta 1984- con la célebre democracia de la “Suiza de América”. El de Chile fue conjurado por Salvador Allende prolongando así su gobierno y su vida por

sólo tres meses. El marco internacional era claro: el imperialismo quería a toda costa impedir que coexistieran dos o más regímenes populares en el cono sur. Mientras algunos se preocupaban por el “cerco” a Perón, la Argentina era efectivamente cercada por sus genuinos enemigos.

El fin del camporismo

La relación Cámpora presidente (poder formal)-Perón conductor (poder real) que había sido forzada por Lanusse y fuera aceptada para participar en las elecciones, se mostraba insuficiente para enfrentar la difícil situación interna y externa. No sorprendió entonces que el 12 de julio de 1973 Cámpora y Lima renunciaran a sus cargos y convocaran a elecciones generales sin proscripciones. Se concretaba así una sentida reivindicación de todos los peronistas: ver a Perón nuevamente en la Casa Rosada. La conducción montonera vivió el episodio como una derrota: el gobierno de Cámpora les parecía más manejable. Con razón, afirmaban que el de Lastiri aparecía sospechosamente vinculado con su suegro López Rega; no confiaban en la capacidad de Perón para conducirlo. La oposición (velada por cierto) de los Montoneros a la segunda reelección de Perón definía claramente la existencia de un proyecto propio.

La inevitabilidad de la reelección los impulsó a procurar una victoria táctica: el 21 de julio organizaron una movilización a Olivos, donde residía Perón, bajo la consigna “Perón Presidente ¡Ya!”, con el fin declarado de “romper el cerco” que lo rodeaba y al que se le atribuía públicamente todos sus “errores” y “desviaciones” (ver nuestra nota anterior).

Era evidente que Perón no podía, (aún cuando fuera deseable) asumir “ya” la presidencia. Si hubiera obrado así habría terminado con la legalidad del gobierno peronista y habría motivado el antagonismo de otros sectores nacionales. Por su parte, las elecciones significarían además una prueba de la representatividad de Perón; eran la legalidad y el plebiscito, componentes imprescindibles de la política democrática de masas. La movilización fue un gesto inútil. La respuesta de Perón llegó el 29 de julio: designó un nuevo Consejo Superior en el que no había ningún integrante de la “tendencia”. Confirió la representación de la JP a Julio Yessi y a Ana María Solá, dos desconocidos ligados al lopezrreguismo. Era clara la voluntad de Perón de usarlos como contrapeso para frenar a la JP Regionales.

El 30 de julio, Perón -tras 18 años- volvió a hablar en la CGT. En un memorable discurso denunció como desviaciones de los Movimientos revolucionarios la de los “apresurados” (“que creen que todo anda despacio, que no se hace nada porque no se rompen cosas ni se mata gente”) la de los “retardatarios” (“ésos que no quieren que se haga nada y entonces hacen lo posible para que esa revolución no se realice”). Desde luego, los “apresurados” festejaron la crítica a los “retardatarios” e ignoraron la calificación que los afectaba. Otro tanto hicieron los “retardatarios”. La grabación del discurso registra que la dirigencia cegetista celebró con una ovación y cánticos la crítica a los “apresurados” y guardó un incómodo silencio cuando se apostrofó a los “retardatarios”, asumiendo así, absurdamente, que ése era su papel. Apenas tres días después, en un discurso ante los gobernadores provinciales, Perón repitió sus críticas y advertencias: “la juventud -dijo- está cuestionada” y, en clara alusión a los Montoneros, agregó que aceptaba cualquier partido de izquierda que operara legalmente: “no le ponemos ningún in-

conveniente si ese partido político, se llame Comunista, se llame ERP o se llame Mongo Aurelio -cualquiera sea su nombre- quiere funcionar dentro de la ley, como estamos nosotros". Prolijamente seguía denunciando su enfrentamiento con los Montoneros. Estos, fieles a su ambivalencia, no se daban por aludidos. Intentaron entonces participar en la interna por la vicepresidencia, lanzando la candidatura de Cámpora. El apoyo significó para el ex presidente un verdadero "abrazo de oso". Cámpora, cuya lealtad fue ensalzada públicamente por Perón tras su renuncia, perdió toda posibilidad de participación al ser levantado como bandera por ese sector.

El congreso peronista del 2 de agosto eligió la fórmula Perón-Perón. Se interpretó entonces que la decisión implicaba otorgar "todo el poder a Perón" sin sujetarlo al candidato de ninguna facción. La "tendencia" censuró la elección de Isabel adjudicándola a un triunfo de la "burocra-cia sindical".

La imputación no era exacta: la más destacada intervención de Isabel en la política argentina (hasta entonces) había sido su apoyo a un candidato extrasindical en las elecciones para gobernador de Mendoza en 1966, enfrentando al candidato de Augusto Vandor. Su ulterior gobierno demostraría que Isabel no era "punto" de los sindicalistas sino de una camarilla propia, sectaria e irrepresentativa, que enfrentaría virulentamente a la CGT. Vista en perspectiva histórica, la elección de Isabel fue nociva para el peronismo (al que nunca pudo conducir refugiándose en el sectarismo) y para la Nación (su gobierno parece más un prólogo del Proceso que el epílogo del Peronismo). Es difícil saber si Perón tenía -por entonces- una alternativa mejor. Lo que sí es claro que la elección no fue feliz. También es obvio que -si Perón no tenía otra alternativa- eso era producto de una seria carencia del Movimiento.

Aparece Firmenich

El 22 de agosto de 1973, con motivo del aniversario de la matanza de Trelew y de la campaña presidencial, la JP Regionales realizó un acto en la cancha de Atlanta.

El último orador, no anunciado previamente, fue Mario Firmenich. Su discurso fue la primera enunciación pública de un proyecto montonero diferente al de Perón. Sin embargo, no planteó una ruptura total con el peronismo, proponiéndose como su vanguardia. Una anécdota ilustra lo que decimos: a la consigna "JTP la nueva CGT" coreada desde las tribunas, Firmenich respondió: "tenemos que fortalecer la JTP para ganar la conducción política de la CGT (...), la CGT es el sindicato, la JTP la agrupación"². La aparición pública de Firmenich procuraba generar un nuevo liderazgo personal. En la forma del discurso aparecieron recursos oratorios habituales de Perón (agradecimiento por haber concurrido, "diálogos" con el público). Las inflexiones de voz buscaban el mismo efecto. La fuente de legitimidad de este liderazgo era únicamente la lucha armada: la trayectoria política de Firmenich casi no existía. Era, sí, el matador de Aramburu. Los Montoneros definían a los "fierros" como fundamento de autoridad, pero aún no rompían con el peronismo³.

Fieles a este último criterio, los integrantes de la JP Regionales asistieron el 31 de agosto a una movilización convocada por la CGT. La explicación "para afuera" fue demostrar su mayor capa-

cidad de convocatoria. La finalidad encubierta era no exteriorizar su separación del Movimiento.

Elecciones y asesinato de Rucci

El 23 de septiembre se celebraron las elecciones nacionales que plebiscitaron la fórmula Perón-Perón. El peronismo mejoró en un 13 % su excelente elección de seis meses atrás. El pueblo argentino daba su aval a Perón. La respuesta no se hizo esperar. Dos días después fue asesinado José Rucci, Secretario General de la CGT. El crimen no fue asumido públicamente por ninguna organización guerrillera, pero es notorio que lo cometieron los Montoneros. Rucci era uno de sus blancos favoritos: su muerte fue anticipada ("Rucci traidor, a vos te va a pasar lo que le pasó a Vandor") y luego festejada ("Rucci traidor, saludos a Vandor") en actos de la "tendencia".

El asesinato era una agresión directa al futuro gobierno peronista: demostraba que los Montoneros no estaban dispuestos a desarmarse ni a coexistir con otros sectores del Movimiento y que no les inspiraba respeto el pronunciamiento popular del 23 de septiembre. El crimen privaba a Perón de un dirigente sindical comprometido con el Pacto Social y agravaba el clima de violencia e inseguridad en el país. La intención del crimen era "apretar" y desestabilizar a Perón, aún antes de que asumiera el gobierno. Aunque los militantes de la "tendencia", o conocedores de quién lo había realizado, advirtieron el carácter desestabilizador del hecho. Por eso, en los distintos "frentes" lo adjudicaron al ERP o a la CIA. El episodio revela que la conducción montanera había optado por una política "secreta" y de "hechos consumados". Sus militantes ignoraban el proceso de la toma de decisiones; una vez producidos los hechos, no tenían otra alternativa que avalarlos o irse⁴. La muerte de Rucci fue casi simultánea a la de Salvador Allende. Poco antes de que la "vanguardia esclarecida" lo ultimara, Rucci había hecho llegar su solidaridad a los trabajadores chilenos ante el golpe de Pinochet. Por derecha o por izquierda la violencia golpeaba a los movimientos populares latinoamericanos.

Perón presidente

El 12 de octubre Perón asumió por tercera vez la presidencia. Había sido elegido por la inmensa mayoría de los argentinos. Contaba apenas con tres años para terminar su gobierno y debía luchar contra su menguada salud. Los poderes internacionales le eran, como siempre, adversos. La Argentina estaba rodeada por un "collar sanitario" de dictaduras militares que le servían de freno y de advertencia.

Ese mismo día se publicitó la unión de las organizaciones guerrilleras FAR y Montoneros, conservando el nombre de esta última. El reconocimiento de la sigla parecía definir una supremacía de la política de masas y de inserción en el peronismo de Montoneros. Paradójicamente, los hechos irían demostrando que progresivamente prevalecería la concepción "foquista guevarista" que caracterizó en sus orígenes a la FAR. Esta unidad importaba el reconocimiento de la viabilidad del Peronismo, que había aumentado sensiblemente su caudal electoral. El incremento provenía de electores no peronistas (los peronistas ya habían votado a Cámpora). ¿Por qué votaban a Perón? Evidentemente respaldaban el breve accionar gubernamental posterior

al 25 de mayo y la figura de Perón. El voto reflejaba la confianza en que Perón podría -a la vez- restablecer el orden en la sociedad argentina y tornarla más justa. Era -al mismo tiempo- un voto de cambio y de orden. El peronismo ya había explicitado sus lineamientos e instrumentos generales de gobierno; el plan trienal de desarrollo y la concertación CGE-CGT (pacto social). La sociedad argentina parecía conformarse con esas herramientas y las metas que se le proponían, siempre y cuando cesara la violencia que la azotaba. Perón parecía garantizar ambos objetivos: cambio planificado, con acuerdo de sectores sociales y creación de un nuevo orden político, basado en el consenso, la tolerancia y no en la violencia.

El nuevo estilo político de Perón permitía un amplio espacio a la “oposición dentro del sistema”. Este espacio fue utilizado por el radicalismo al que Perón “blanqueó” de su pasado gorila, legitimando como interlocutor a Ricardo Balbín. Los Montoneros pudieron ser el ala izquierda del peronismo, asumiendo la difícil tarea de hacerse un lugar en la cruel interna. También pudieron ser una oposición de izquierda al Movimiento, ocupando una franja que el radicalismo dejaba vacante. Prefirieron un camino intermedio y sibilino. Declamar adhesión al peronismo y enfrentarlo desde adentro. No debe extrañar entonces que, mientras mataban al secretario general de la CGT y persistían sus críticas contra el gobierno y el Movimiento, los Montoneros procurasen alianzas con otros partidos o factores de poder. La más llamativa de todas fue el “Operativo Dorrego” (23 de octubre). Militantes de la JP Regionales e integrantes del Ejército realizaron juntos actos de servicio civil en la Provincia de Buenos Aires y luego desfilaron ante altos jefes del Ejército y dirigentes de JP. Se producía una alianza táctica entre el Comandante en Jefe Carcagno (quien trataba de ampliar su horizonte político) y “la tendencia”. Los diarios de la época muestran la hoy increíble imagen de Albano Harguindeguy sonriendo y saludando al desfile de militantes de la JP Regionales.

El episodio revela la zigzagueante política de la conducción de la “tendencia”. Cuando Perón, tras descabezar a toda la cúpula militar, nombró Comandante en jefe a Carcagno lo criticaron, recordando sus antecedentes gorilas y su actuación represiva durante el “cordobazo”. Meses después no tenían empacho en unírsele y “darle aire” en su proyecto personal, a cambio de mostrarse fuertes e independientes ante Perón, introduciendo una cuña entre éste y las Fuerzas Armadas.

El gobierno peronista afrontaba por entonces diversos problemas internacionales: a) el ya mencionado “cerco”; b) la espectacular alza de precios suscitada por la primera crisis petrolera desatada por la OPEP que elevó enormemente el precio de las importaciones alterando nuestra balanza comercial y c) el cierre de los mercados europeos a nuestras carnes. Además, el Pacto Social era censurado y hasta saboteado aún por algunos de sus firmantes.

Estos escollos, aunque difíciles, eran previsibles y formaban parte de las “reglas de juego” que Perón conocía antes de llegar al gobierno. La violencia enquistada en la sociedad argentina le planteaba, en cambio, un desafío inédito. Por cierto, no era patrimonio exclusivo del Movimiento Peronista; también la practicaba la ultraizquierda (intento de copamiento del Comando de Sanidad -ERP-, 6 de septiembre de 1973), quien veía al peronismo como un formidable enemigo. Todo acto de violencia perjudicaba al gobierno peronista pero -ciertamente- el perjuicio era más grave cuando se ejercía en su nombre. Los Montoneros encabezaban el manejo

de la violencia en nombre de la izquierda peronista. El Descamisado publicaba a la vez la alabanza de los “ajusticiamientos”⁵ consumados por los “leales” y las censuras a los impulsados por sus enemigos. Su consigna “apoyo a los leales, amasijo a los traidores” sintetiza bastante bien esta doble visión.

Desde el otro extremo del peronismo, la revista El Caudillo acudía a la misma regla, desde luego invirtiendo la valoración de quienes eran “leales” y quiénes “traidores”. El llamado (expreso o tácito) a la muerte ajena y la promesa de venganza por la muerte propia eran común denominador de ambos extremos. La violencia no sólo generaba mayor violencia, una discutible ética de la “vendetta” y una morbosa adoración de la muerte, también impedía gobernar al peronismo. El Caudillo y El Descamisado, sobre todo este último, eran material de lectura y discusión política de toda la militancia política. Por eso era tan grave que ambas coincidieran en promover el uso de la fuerza para dirimir los conflictos políticos. También acordaban en criticar al Pacto Social. Las críticas eran diferentes; sin embargo, la coincidencia existía pese a que Perón seguía defendiendo públicamente al mismo, a la CGT, a la CGE y al equipo económico de Gelbard.

Perón y la violencia

En enero de 1974 el ERP atacó el destacamento militar de Azul. Perón criticó severamente el espectacular operativo y la debilidad (a su entender cómplice) con la subversión que había tenido el gobierno bonaerense. El gobernador Bidegain (quien contaba con manifiesto apoyo de la JP) al verse tan claramente desautorizado, presentó su renuncia. El desmonte de Bidegain fue el primer paso de una serie de ataques de Perón contra bastiones de la “tendencia” en el gobierno. En este caso, bastó su autoridad política para decidir la situación. En otros, debió acudir a presiones o aún a medios poco ortodoxos y discutibles: en la provincia de Córdoba (febrero de 1974) avaló un golpe de Estado protagonizado por el jefe de policía Navarro, contra el gobernador Obregón Cano. A esa altura era visible que existía urgencia para apartar a los Montoneros del aparato del Estado, aún apelando a medidas carentes de legalidad, pero no violentas. Ese fue el límite que Perón no quiso quebrantar ni quebrantó. Hecha esta salvedad, debe reconocerse que el “navarrazo” fue un peligroso precedente sentado por Perón, quien convalidó un accionar faccioso e ilegal. Los sectores “ultras” entrevieron y encontraron una justificación para actuar por mano propia.

La caída de los gobiernos provinciales adscriptos a la “tendencia” no fue mayormente resistida por el resto de la sociedad política argentina (más allá de las lógicas críticas a la metodología utilizada en Córdoba). Tal era el grado de aislamiento político en el que venían cayendo los sectores “ultras” del peronismo. El clima político estaba totalmente enrarecido; parecía que el Movimiento se desligaba de la sociedad. La lucha interna llegaba hasta la muerte del contrario y opacaba las realizaciones del gobierno: recuperación del salario real, apertura de nuevas fuentes de trabajo, comienzo de obras de infraestructura postergadas por años, una política internacional independiente. En el Movimiento se luchaba por el poder, obviamente el vinculado con los gobiernos provinciales y municipales. El conflicto se superponía a la tradicional contradicción entre políticos y sindicalistas. Entre enero y febrero de 1974 se produjeron numerosos atentados contra Unidades Básicas de la “tendencia” y asesinatos de sus militantes

(en un mes veinticuatro muertos). Al mismo tiempo, el Consejo Superior pedía las renuncias a funcionarios de las provincias de Mendoza y Santa Cruz, y las “62 Organizaciones” de Salta declaraban persona no grata al gobernador Ragone.

Poco antes del ataque a Azul, Perón había enviado al Congreso un proyecto de Reforma a la Legislación Penal, agravando las penas para los delitos vinculados con el accionar subversivo. La tendencia se opuso al dictado de la ley: prefería defender las organizaciones aún a riesgo de la derrota del gobierno. El bloque de diputados del FREJULI aprobó las leyes. Fue entonces cuando un grupo de diputados de JP Regionales pidió a Perón una entrevista que fue concedida el 22/1/74 y televisada en directo. Su contenido es esclarecedor pues permite comprender la actitud de Perón respecto de la JP, de la violencia y de la represión. Ante la crítica de los diputados a la decisión, argumentó la necesidad de la disciplina del bloque: las decisiones del cuerpo colegiado deben discutirse democráticamente, pero una vez establecidas deben ser defendidas por todos. El que no está de acuerdo debe renunciar. De lo contrario, el cuerpo colegiado se paraliza. La advertencia era transparente: para pertenecer al peronismo había que acatar las decisiones orgánicas.

Cuando los diputados cuestionaron la presunta dureza de las leyes a sancionarse, Perón enfatizó que el gobierno popular necesitaba una legislación enérgica para poder combatir y vencer a la subversión dentro de la ley. “Nosotros -dijo textualmente- tenemos que actuar dentro de la ley porque si en este momento no tuviéramos que actuar dentro de la ley, ya los habríamos terminado en una semana... nosotros estamos con las manos atadas dentro de la ley. Y si además estamos atados por la debilidad de nuestras leyes, ya sabemos cuál va a ser el final”. Perón censuró también la utilización de la violencia contra el gobierno popular y la identificó con intereses foráneos y espurios.

Su propuesta era clara: el enfrentamiento político e ideológico con la izquierda legal; el accionar policial y las sanciones legales frente a la violencia ilegítima. Desautorizaba toda forma de represión encubierta y procuraba que la misma quedase en manos del poder político y no del militar.

Eso explica por qué fortaleció a la Policía acudiendo incluso a verdaderos expertos en represión (Villar y Margaride). La intención era enfrentar exitosamente a la violencia guerrillera sin transferir poder a las Fuerzas Armadas. Ya en 1955, al epilogar su segunda presidencia, Perón procuró desmontar los mecanismos de inteligencia militar, transfiriéndolos a la policía. Lo hizo algo tarde: ya no podía impedir el poder de los “servicios” que fue usado contra él y contra el Movimiento peronista. Vuelto al gobierno, no quiso reiterar el error: la provocación subversiva no lo llevaría a rendirse; pero tampoco a transferir facultades a las Fuerzas Armadas. La represión debía estar dirigida por el poder político y limitada estrictamente al marco legal, aún cuando ello hiciese más larga y dificultosa la lucha. Pedirle que no reforzara el régimen penal y la organización policial (como hacía la JP) era condenarlo al suicidio. Sugerirle (como ya lo hacía el establishment) que transfiriera la responsabilidad del orden interior a las Fuerzas Armadas era impulsarlo a cavar su propia fosa. Utilizar las mismas armas de sus enemigos (como sugerían algunos ultras del peronismo) implicaba una abdicación ética. La conducción del Movimiento no debía desnaturalizar la función del gobierno, transformándose en otra banda armada.

Durante los gobiernos de Isabel y Luder, el peronismo incurriría en la errónea decisión de derivar la represión a las FF.AA. Los resultados de esa actitud están a la vista. La posición de Perón era otra: la expuesta ante los diputados en forma clara y coherente. La respuesta de los diputados fue rotunda: renunciaron a sus bancas.

1° de mayo

Los acontecimientos que venimos relatando demuestran que la expulsión de los Montoneros no debió ser una sorpresa. Empero, en su momento, lo fue. Por eso, por los debates e interpretaciones que suscitaron en su momento y por su carácter impactante, los sucesos del 1° de mayo de 1974 merecen un tratamiento detenido. El acto del 1° de mayo generaba expectativa y temor: se esperaba una nueva confrontación de fuerzas entre los Montoneros y otros sectores del movimiento peronista. Se temía otro Ezeiza.

Los días anteriores al acto estuvieron plagados de amenazas y presagios. A mediados de abril, el gobierno clausuró El Descamisado aunque toleró que siguiera saliendo bajo el nombre de "El Peronista". Una prueba del endurecimiento, el número 2 de esta revista titulaba en su tapa: "Pueblo + Perón = Liberación Pueblo + Masacre = Dependencia".

Se creaba así, un clima de tensión y movilización. Al mismo tiempo, la JP Regionales planteó que hacía responsable al gobierno (del que ya se sentía ajena) por cualquier incidente que se produjera en Plaza de Mayo. Hubo intentos para descomprimir la tensión: 1) la reunión en la quinta presidencial de Olivos entre Perón y los nucleamientos juveniles del Frente Justicialista de Liberación, incluida la tendencia y 2) una presentación televisiva en la que participaron las más diversas facciones del peronismo, desde las "62" hasta la tendencia, cuyos representantes garantizaron la organización y el orden del acto.

En la mañana del 1° de mayo, Perón abrió el período de sesiones del Congreso. En su discurso señaló la necesidad de elaborar un proyecto nacional y la de ampliar las formas de representación para llegar a una genuina democracia "integrada". Hablaba como presidente de la Nación, para todos los argentinos, lanzando una propuesta de integración y superación.

Esa tarde, en la plaza, ante una multitud dividida entre quienes gritaban "conformes General" y quienes increpaban: "qué pasa General, está lleno de gorilas el gobierno popular", habló el Jefe del Movimiento Peronista. Previsiblemente optó por quienes lo apoyaban, desautorizando a quienes lo agredían: alabó la trayectoria de las organizaciones sindicales y sus dirigentes, y calificó con duras palabras a los Montoneros a quienes tildó de "imberbes" y "estúpidos". La energía y brevedad del discurso de "barricada" no le hicieron olvidar de convocar a la unidad nacional en la lucha por la liberación ni de agradecer la colaboración de los partidos políticos. La JP Regionales abandonó la plaza antes de que terminara el discurso. Se discutió entonces qué proporción de los asistentes representaba a cada sector. Creemos inútil volver sobre ese debate: a) porque los testimonios de época (aún los gráficos) son tan divergentes que impiden cualquier conclusión objetiva; b) porque, de todas formas, el miedo que precedió al acto fue, sin duda, desmovilizador. No es posible evaluar seriamente que la concurrencia a la Plaza de Mayo demostrase con cierta congruencia la representatividad relativa de los sectores en pug-

na. No sería serio estimar el número de asistentes, pero, como testigos presenciales, podemos precisar que obviamente fue muy inferior al registrado en Ezeiza y en el cierre de campaña del 28 de octubre de 1983, e incluso mucho menor al del 12 de junio de 1974 y al del 23 de mayo de 19857. “El Peronista” del 4 de mayo de 1974 habla de 60.000 militantes propios que componían el 80% de la asistencia. Las cifras y proporciones no son confiables pero es relevante advertir que se habla de menos de 80.000 personas en total.

Los hechos que hemos reseñado prueban que la respuesta de Perón era previsible. Siendo así ¿por qué fueron los Montoneros a la Plaza? Seguramente, para seguir con su “doble juego”. Para sus militantes que aún se sentían peronistas, la asistencia era inexcusable (¿cómo no ir a un acto el 1º de mayo?). La dirigencia buscaba otro objetivo: desacreditar a Perón ante los ojos de aquéllos. El “partido de la revolución” pretendía discutir la representatividad de Perón precisamente en el escenario de sus grandes movilizaciones. Es posible que hayan pensado “apurrarlo”, subestimando su capacidad de respuesta y sus “reflejos” políticos.

La réplica del General fue -sin duda- clara y categórica. El acto del 1º de mayo marcó el fin del accionar de masas de los Montoneros; a partir de entonces, sus logros en ese campo fueron escasos y efímeros. Su sangría de adherentes que había comenzado en diciembre de 1973, se aceleró cuando se advirtió que era irremisible el enfrentamiento entre Perón y la conducción montonera. Las dudas y debates que se generaron respecto a la representatividad de éstos y la de Perón (alentadas por el periodismo gorila, quien pretendió plantear un simple conflicto generacional entre jóvenes ingenuos e idealistas y un viejo astuto y desleal) duraron apenas cuarenta días.

El 12 de junio de 1974 Perón demostraría por última vez que conservaba intacta su capacidad de convocar al pueblo. Esa mañana pronunció un discurso no previsto, formulando una enérgica llamada a apoyar al gobierno popular y específicamente al Pacto Social, saboteado por distintos factores de poder y, aún, por algunos que se decían peronistas. Pidió apoyo popular para el gobierno: “Yo vine al país para lanzar un proceso de Liberación Nacional y no para consolidar la dependencia”.

La respuesta no se hizo esperar; una multitud logró colmar la Plaza de Mayo. La tendencia no se hizo presente: su “aparato” no tuvo capacidad de reacción ante el llamado de Perón. El pueblo no necesitó intermediarios para acudir al llamado de su líder. La JP, cuya supuesta herramienta era la movilización, no actuó cuando Perón la requirió en su apoyo. Casi un símbolo; cuando Perón se despidió del pueblo, los Montoneros no estaban.

Notas

1 Repetimos una aclaración formulada en la primera parte. Existe dificultad en la designación del sujeto protagonista. La expresión “tendencia” o “tendencia revolucionaria” es muy amplia pues designa no sólo a conductores y militantes sino también a adherentes. Es, por lo tanto, muy abarcativa pero impropia cuando se habla de la toma de decisiones que estaba reservada a un grupo muy reducido. La palabra “Montoneros” es más gráfica pero sólo define al aparato armado y conducción de la “tendencia”, resultando inadecuado utilizarla en forma extensi-

va. La expresión "JP" es breve y gráfica pero incorrecta, ya que la "tendencia" no era el único grupo de Juventud Peronista aunque así lo proclamara. Si se dice "JP Regionales" se salva ese error pero la expresión igualmente resulta incompleta pues aunque el fenómeno fue esencialmente juvenil, terminó convirtiéndose en un "frente de masas". Para facilitar la lectura y aún a riesgo de cierta imprecisión, hemos optado por usar en forma más o menos indistinta todas las expresiones. Hemos tratado de ser más precisos para diferenciar a la conducción de los militantes por ser ése uno de nuestros ejes de análisis.

2 El Descamisado N° 15; 28/8/73.

3 Diálogo con Firmenich en El Descamisado, N ° 17 (11/9/83, dos semanas antes del asesinato de Rucci). "P: ¿Ustedes abandonan las armas? Firmenich: De ninguna manera. Si hemos llegado hasta aquí ha sido en gran medida porque tuvimos fusiles y los usamos. Si abandonamos las armas retrocederíamos a las posiciones políticas".

4 Esa práctica era lógica antes de 1973 por las características de la organización y su actividad clandestina, y la claridad que existía con respecto a quién era el "enemigo". Obviamente perdía sentido en lo que supuestamente era una "democrática" y "basista" política de masas. El Descamisado del 2/10/73 (primero posterior a la muerte de Rucci) es buen ejemplo de lo que venimos diciendo. Se titulaba "La cosa ahora es cómo parar la mano". Es decir: los hechos se han producido; "la cosa" es asumir las consecuencias. Por otra parte, se informaba ambigualmente acerca del crimen. Por un lado se lo imputaba a fuerzas ajenas al movimiento; por otro se lo elogiaba: "Se decía siempre que (la responsable) era la CIA pero la bronca estaba dentro, una historia de traiciones, negocios con el enemigo".

5 Abundaban informaciones sobre "ajusticiamientos" reseñando las nefastas cualidades y trayectoria de la víctima (a menudo personajes ignotos). Un ejemplo: tras el asesinato de Coria, producido el 22/5/74, El Descamisado (N ° 45, 26/5/74) tituló y editorializó "Por qué murió Coria", justificando el crimen y desechando eventuales críticas. "Quién se atrevería a defender con nombre y apellido a los que el pueblo juzgó como traidores" (...) "la violencia popular (...) no es violencia".

6 Tanto Noticias como El Descamisado publicaron una foto de la Plaza tomada desde el piso con un "gran angular" poco después de que se retirara la tendencia. La impresión que dejaba la foto era la de una Plaza totalmente vacía.

7 Segundo paro general convocado por Saúl Ubaldini en repudio a la política económica del gobierno alfonsinista. Tuvo una duración de 12 horas, con movilización a la Plaza de Mayo.



El gobierno peronista 1973-1976: los montoneros (tercera parte)

Por Norberto Ivancich y Mario Wainfeld

Publicado en Revista Unidos, Año 3, Nº 7/8, diciembre de 1985, reeditado en CUADERNOS ARGENTINA RECIENTE, Nº 2, junio de 2006.

¿Cuál es el balance de la experiencia montonera? ¿Expresión de una época o puro voluntarismo? ¿Proceso de masas o soberbia elitista? Con esta tercera entrega los autores culminan el análisis de los Montoneros, formulando sus conclusiones sobre este fenómeno político de tanta gravitación en la década del setenta.

La pérdida de fuerzas propias

El crecimiento de la tendencia se debió -en buena medida- a su definición como integrante del Movimiento Peronista, brindando elementos a su conducción. No es de extrañar, entonces, que su creciente antagonismo con Perón determinase pérdida de adhesiones. En ese sentido, puede hablarse de un relativo desgaste de fuerzas propias que comenzó a manifestarse en especial a partir de la muerte de Rucci.

El enfrentamiento entre Perón y la conducción de la tendencia llevó a algunos de sus miembros (quienes habían ayudado a construir su poder) a reafirmar el rescate de Perón por encima del de la instancia organizativa que los encuadraba. En rigor, la expresión "fuerzas propias" debe relativizarse: quienes se apartaban lo hacían porque habían avalado a Montoneros como parte de una propuesta global de Perón, no aceptándolos como una fuerza autónoma u opuesta a la del líder del movimiento.

Contribuyó a este proceso el creciente centralismo de la organización que rompió con la sensación de participación política que habían tenido sus militantes hasta septiembre u octubre de 1973: la falta de participación en la elaboración de la línea política; los choques crecientes con Perón; las discutibles (y no discutidas) decisiones políticas y militares adoptadas en ese período y la unión con las FAR fueron causas desencadenantes de diversas rupturas. De todas formas debe dejarse en claro que este proceso no afectó sensiblemente el causal cuantitativo de militantes de la tendencia que hasta su pase a la clandestinidad conservaría su hegemonía en este aspecto.

Las entrevistas con Perón

Merecen un tratamiento especial los documentos internos que empezaron a circular y las entrevistas de los nucleamientos juveniles con Perón. La primera entrevista se realizó en la residencia de Gaspar Campos el 8 de septiembre de 1973.

Concurrieron a ella la mayoría de los grupos genéricamente juveniles: Montoneros, FAR, FAP 17 de Octubre, JP Regionales, UES, JUP, CNU, Guardia de Hierro, JSP, etc. El tema eje fue la

organización de la JP. En la extensa entrevista Perón, además, avanzó sobre aspectos vinculados con el accionar de la tendencia, pero sin definirla como protagonista de los hechos: “¿con qué hacíamos la guerra civil? No hay que hacerse ilusiones, eso se hace con realidades” (...) “atacan a la organización sindical” (...) “sé que algunos muchachos de la juventud no están de acuerdo con la fórmula que ha salido, pero ha salido de un congreso.” “Hay algunos que se apuran y no comprenden que hay que andar con cuidado” (...) “la inorganicidad lleva a cualquier infiltración o desviación”. “Nosotros preferimos usar el tiempo”. “Son como los locos, todos los días empezando una cosa nueva”, “... la política es así”. “Se necesita ductilidad, tolerancia”. “Ustedes todos los demás valores que quieran, pero la experiencia se la tenemos que dar nosotros”. “La juventud que generalmente es impaciente, normalmente es impaciente, es la que más debe acopiar paciencia” (...) “no jugarse en una aventura generacional y que puede conducir a un desastre” (...) “el sistema no se 'cambia'”. “El sistema va a resultar cambiado cuando las estructuras que lo conforman y lo desenvuelven se hayan modificado”. “Hay un solo camino... que es la legislación”. “Cuando se acuerden el sistema va a estar totalmente cambiado. Para nosotros, ése es el camino”. “Muchos de ustedes han sufrido”. “Algunos muchachos creen que no se está haciendo nada”. “Porque si no estamos con los yanquis, tampoco con el marxismo”. “Todas estas cosas que han ocurrido dentro de la juventud hay que borrarlas y llegar a hacer una organización, donde para un hombre de esta generación no haya mejor que otro hombre de esta generación”. “Organizados podrán discutir las decisiones, y ganarlas algunas veces”.

La intención de Perón era clara: controlar el accionar de la tendencia diluyéndola en una organización global de Juventud Peronista con tareas propias del sector (“clubes” y un “Ministerio de la Juventud”). La subordinación a su poder político era el eje de esta convocatoria. La definición de la pertenencia al Movimiento para Perón fue siempre una decisión política, no ideológica; ser peronista era reconocer una propuesta nacional con una conducción política definida. Por su amplitud, la convocatoria necesariamente era heterogénea, pero esa heterogeneidad estaba subordinada a una conducción política única. La organización significaba entonces articulación con la conducción y esa era lo que le hacía afirmar: “Ustedes están desorganizados”.

Los argumentos de Firmenich en la reunión fueron dos: 1) “... el objetivo fundamental debe ser la organización definitiva de la juventud a través de la elección de las bases”, y 2) “... comprender el proyecto que usted está conduciendo y trabajar en función de lograr la unidad representativa”. “Elección de las bases” y “unidad representativa” significaba poner como eje la lucha interna con los otros sectores juveniles (“los que se ponen baja su dedo”); con respecto a Perón, le contestaba que “comprendía” su proyecto. ¿O era que lo interpretaban? Como siempre evitaron toda precisión ante el tema de la conducción. Pero Perón no: “las masas no valen por su número, no, no. Valen por la clase de dirigentes que tienen al frente”. Ni lo conversado en esta reunión ni en la siguiente varió la política de los montoneros, quienes siguieron avanzando en las definiciones ideológicas.

Los “documentos”

En el período surgieron dos textos que influirían en la relación con Perón y en la redefinición de las fuerzas propias: 1) una conferencia de Firmenich con los diversos “frentes”, que fue mimeografiada y distribuida profusamente y 2) un extenso documento, suerte de definición de la propia identidad, conocida como “la Biblia”. Este fue menos difundido pero no menos conocido en sus contenidos ideológicos.

La charla con los “frentes” revelaba la intención de personalizar una conducción, conducta que, paralelamente, adoptaban otras “orgas” del peronismo (Guardia de Hierra, Encuadramiento, C. de O., que se caracterizaban por conducciones personales muy definidas). El personalismo enfatizaba la centralización de las decisiones y acciones políticas y reforzaba el intento de generar un liderazgo, realizado en el acto de Atlanta del 22/8/73. A su vez, el documento “fundacional” propendía a la homogeneización ideológica (otra forma de centralización). Al encerrarse en una identidad definida se asumía el riesgo de perder militantes y adherentes pero se ganaba la coherencia necesaria para acentuar el enfrentamiento con Perón.

Sintetizaremos ambos documentos, de manera muy general, ya que nos basamos en la memoria de la repercusión periodística y militante que tuvieron en su momento. 1) Evaluación de la situación política argentina: Señalaban: a) la presencia del imperialismo yanqui en el Cono Sur, practicando un “cerco sanitario” a la Argentina. b) el avance del peronismo de derecha y de la infiltración de derecha en el movimiento (que contaba con acuerdo tácito de Perón) y el consiguiente retroceso de la perspectiva de organización popular que se había abierto durante la presidencia de Cámpora; c) la pérdida del consenso tácito con que contaba el gobierno ya que su sectarización rompía el frente nacional que había triunfado en las elecciones del 11 de marzo de 1973. Como corolario de ese cuadro de situación proponían revitalizar la “organización” que debía retomar la reconstrucción del Frente de Liberación Nacional. 2) Enunciados ideológicos: Se adoptaba el marxismo como “método de análisis” de la realidad pero se lo rechazaba como “política y filosofía” (sic). Se lo consideraba una herramienta teórica para interpretar la realidad pero se descartaban sus objetivos finales (¿el comunismo?), sus presupuestos filosóficos (el materialismo) y como modelo de organización política.

Esta incongruencia desembocaba en un ideologismo apto para convalidar cualquier práctica política. Más que un método riguroso, conseguían una llave que abría todas las puertas, creando una mística del “triunfo final” útil para etapas de crisis o de contradicciones. Refugiarse en esa difusa metodología implicaba rehuir la discusión responsable de su ambigua política. Firmenich decía que en política había que optar por el gris y no por el blanco o el negro. La reflexión puede compartirse: la realidad política a menudo obliga a elegir los grises. Pero el supuesto gris de Firmenich no existía: en la práctica optaba por el blanco o el negro; justificando siempre su obrar mediante un uso simplista de la “herramienta científica”. El “gris” era apenas una mezcla de los más esquemáticos manuales de marxismo (como el de Marta Harnecker que circulaba en medios políticos y en la Universidad) con un lenguaje foquista y un accionar militar. Mezcla por cierto incongruente pero sin duda explosiva.

La segunda entrevista

Así lo entendía Perón y así lo expresó en la segunda entrevista, realizada el 7 de febrero de 1974 en la residencia de Olivos. Su tono y su actitud difirieron de los que caracterizaron a la anterior entrevista. Ya no aceptó hablar “sobre generalidades”; mencionó la existencia de “infiltración”. Aludió a su falta de sectarismo, criticando por implicancia el de los montoneros. Cuestionó la política secreta: “gritamos las mismas cosas aun cuando no tenemos las mismas intenciones. No interesa lo que se grite, interesa lo que se siente y lo que se piensa y también lo que se hace que no siempre es confesable (...) es una falta de ética política que se metan diciendo ‘Viva Perón’ y están pensando ‘que se muera Perón’...”.

Perón diferenció tres niveles de militantes: 1) “muchos de ellos no saben lo que piensa o lo que es el Justicialismo y -al no saberlo- se saldrán de él porque no se dan cuenta”; 2) “muchos otros lo hacen inconfesablemente con una finalidad distinta a la nuestra y 3) en todas las fracciones políticas siempre existen los que con gran propiedad se los ha llamado ‘idiotas útiles’ que... se incorporan detrás de una tendencia que a lo mejor es totalmente inversa de lo que ellos quieren. Son idiotas”. Agregó luego: “Al que va engañado y al que va con una segunda finalidad no hay que organizarlos, a esos hay que dejarlos que sigan así como están hasta que se vayan (...) si nosotros pensamos que esos dirigentes pueden ser de otra tendencia y no del Justicialismo, no puede haber para nosotros peores dirigentes”. Dijo, además, en clara alusión a los montoneros y a los “documentos”: “han tenido hasta la imprudencia de comunicar abiertamente lo que ellos son y lo que quieren. Lo venimos viendo. Tengo todos los documentos y, además, los he estudiado. Bueno, esos son cualquier cosa menos justicialistas...”. Terminó diciendo: “para la próxima reunión piensen (...) en quién es quién. Eso es lo que necesitamos saber (...) yo me quedo con el que está con cinco y no con el que tiene cinco mil”.

El enfrentamiento estaba por llegar. La siguiente reunión se programó para una semana después. La conducción montonera decidió no asistir, abandonando el ámbito de discusión con Perón. Las argumentaciones internas fueron: 1) asistir era convalidar grupos irrepresentativos o manifiestamente gorilas; 2) existía el riesgo de que Perón repitiera lo hecho con los diputados de JP: televisar la reunión; 3) al concurrir en inferioridad numérica ante otros grupos se asumía el riesgo de ser echados por éstos; 4) tenían la certeza de que Perón iba a esgrimir los antecedentes comunistas (PC) de Quieto para desprestigiarlo.

El 14 de febrero Perón habló de “su revolución” que -enfaticó- era pacífica, analizando las etapas de toda revolución, destacó que la peronista atravesaba su etapa dogmática en la que “el peligro está (...) en que esa masa sea engañada porque eso no puede ser aceptado en una revolución”. “Tenemos el consenso público. ¿Cómo van a poder perturbarnos los que fuera del Movimiento están tratando de pelear y matar gente o los que dentro de él están procurando también servir a esos en sus objetivos totalmente inconfesables? Esos hechos o esas excrecencias suceden en todas partes y en todas las revoluciones”.

En la charla de septiembre había indicado a Esquer, jefe de su custodia, como su nexa para la reorganización de la Juventud. En su peculiar estilo, quería demostrar que asumía personalmente la tarea. En febrero derivó esa misión al Consejo Superior que “tendrá la responsabi-

dad de decirles sí o no, porque las dos cosas podrá decir". Perón se desprendía de la reorganización aduciendo que "desgraciadamente mi oficio no me da mucho tiempo". No hubo otras charlas con nucleamientos juveniles peronistas. Sí una con las juventudes del Frejuli (incluida la tendencia) antes del acto del 1º de mayo. Posteriormente, Perón disolvió la rama juvenil.

Desprendimientos. La JP Lealtad

Podemos distinguir elementos significativos de esta etapa: 1) tanto Perón como la conducción montonera plantean coexistir dentro del movimiento; 2) la relación entre ambos es deteriorada por el accionar militar de los montoneros que no es asumido públicamente sino que forma parte de su política secreta; 3) Perón convoca a la unidad política -la defensa de su sistema- como elemento fundamental para la reorganización juvenil. En la práctica esto significaba una discriminación para la tendencia, pues desconocía su carácter hegemónico pero; 4) recupera y valora su aporte y el de algunos de sus integrantes: "a la juventud la queremos toda y a todos. Sabemos el mérito que tienen en el trabajo y en la lucha que han realizado (...) Eso ya está en la historia. Hay héroes y mártires que es lo que se puede necesitar en esta clase de lucha. Pero eso ha sido en la lucha cruenta que ya ha pasado (...) Ya pasó esa etapa, ya no hay pelea en el país (...) hemos fijado nuestros objetivos".

Perón valoraba la historia de los montoneros y la diferenciaba de su praxis política de 1973 y 1974. Este planteo de Perón tuvo respuesta favorable en sectores internos de la tendencia, de la que se desprendieron núcleos de militantes dispuestos a apoyarlo. El primero fue la "columna Gervasio de Artigas" de la provincia de Buenos Aires que, mediante un extenso documento, hizo públicas sus diferencias ideológicas y políticas con la conducción montonera. La siguieron miembros de la Juventud Trabajadora Peronista que constituyeron una Mesa Provisoria opuesta a la que adscribía al oficialismo montonero. La no concurrencia a la entrevista con Perón del 14 de febrero, fue el acontecimiento que suscitó mayores rupturas. Se la consideró un desconocimiento de la conducción y del consenso que encarnaba Perón, producto de una errónea evaluación de la correlación de fuerzas. De resultados de estas nuevas rupturas surgieron la JP - Lealtad, la JUP Lealtad, la UES leal y la organización "Montoneros Soldados de Perón" junto con multiplicidad de JP del interior que rechazaron las conducciones zonales de la JP- Regionales. La "Lealtad" no fue ni el primero ni el único desgajamiento de la tendencia pero sí el único que intentó dar una respuesta a la encrucijada política rescatando el proyecto de Perón por considerarlo más abarcador, social y políticamente.

La "Lealtad" rescató el pasado de lucha de los Montoneros. Sus consignas básicas fueron: movilización y participación popular. Esta búsqueda de síntesis le permitió concitar adhesiones de militantes no provenientes de la tendencia que compartían esas consignas y que repudiaban las actitudes de los cenáculos de la derecha peronista.

La Lealtad procuraba no ser un elemento inerte, sino articular su propio crecimiento y desarrollo con el proyecto de Perón. De ahí la elección del término "lealtad" y no de "verticalidad". Se compartía el proyecto lo que no era lo mismo que acatarlo ciegamente.

Sin embargo, diversas circunstancias obstaron a que constituyera una propuesta clara: 1) sus limitaciones de origen: la “lealtad” nació como negación a una política, lo que no determina por sí coincidencia en una alternativa superadora. Buena parte del accionar de la “lealtad” se orientó a la crítica y al ataque a la tendencia¹. Aunque las críticas fueran válidas, el discurso resultaba meramente negativo: predominaba el reproche al “otro” y no la propuesta; 2) la práctica política del propio gobierno de Perón (y luego el de Isabel) tornaba inviable la posibilidad de un espacio político caracterizado por las consignas de la “Lealtad”.

En el aspecto organizativo, la “Lealtad” tendió a recuperar el nivel de horizontalidad entre militantes que -hasta el surgimiento de la tendencia- había caracterizado a los grupos más consecuentes y combativos de la Juventud Peronista. De todos modos, sus integrantes adoptaron prácticas diversas: a) algunos se ligaron a las corrientes sindicales más comprometidas con el Pacto Social; b) otros (seguramente como réplica a la praxis de la tendencia) se negaron a articular cualquier instancia organizativa (criticada por “aparatóstica”). Sus propuestas eran las “coordinadoras de militantes” o la “Asamblea permanente”; c) los que reafirmaban la necesidad de instancias jerarquizadas de discusión y decisión que no significaban necesariamente la existencia de una sigla identificatoria y d) los que pretendieron calcar los esquemas organizativos de la tendencia.

Esta heterogeneidad se vio agravada por la polémica suscitada respecto de la forma organizativa. El debate entre “asamblea” y “aparato” se suscitó recurrentemente dividiendo y postergando otros temas. De hecho se trata de un debate que se ha prolongado en toda la militancia peronista hasta nuestros días. La “lealtad” no pudo constituirse en alternativa de poder; a) por sus limitaciones de origen; b) porque no consiguió eclipsar el número de militantes de la tendencia; c) por las discusiones que la paralizaron y también d) porque era muy difícil lograrlo en 1974, en especial luego de muerto Perón. La revista “Movimiento” -que expresó a una de sus parcialidades- debió ser cerrada tras un atentado, que destruyó la sede de su redacción. El repliegue a veces cómplice de políticos y sindicalistas peronistas ante el lopezreguismo dificultaba mantener una presencia activa y militante en la política del movimiento.

Después de “La Plaza”

Volvamos a la crónica: lo sucedido el 1º de mayo y el 12 de junio de 1974 reveló las dificultades que oponían al gobierno de Perón quienes se decían sus partidarios. El 1º de mayo, como medio para combatir a los Montoneros, Perón alabó sin cortapisas a la dirigencia sindical. Apenas cuarenta días después se vio obligado a denunciar a algunos de sus dirigentes, abdicantes y enemigos del Pacto Social. Perón no encontraba (no tenía) intermediarios en su relación con el pueblo. Por eso – y quizá porque conocía la proximidad de su muerte- lo indicó como su único heredero, desautorizando verbalmente a tirios y troyanos. También por eso la muerte de Perón (1º de julio de 1974) significó virtualmente el fin del tercer gobierno peronista y el comienzo de una nueva y trágica etapa. En los dos meses transcurridos desde el 1º de mayo la tendencia pareció congelar su accionar. No produjo hechos políticos resonantes, tal cual era su característica. Como ya dijéramos, ni siquiera participó en el acto del 12 de junio. El 1º de julio terminaría esa parálisis, producto de su ambigüedad. La drástica actitud de Perón los había dejado sin política. Su muerte les brindaba una nueva alternativa.

Después de Perón

La muerte de Perón paralizó al país generando un sentimiento colectivo de dolor e incertidumbre: variaba la situación política y la correlación de fuerzas. Isabel no podía igualar el poder de Perón. Tras el 1º de julio recuperaron o incrementaron poder diversos actores políticos antes limitados o eclipsados: la dirigencia sindical, el lopezreguismo, el radicalismo, las FF.AA., la tendencia. El discurso de Ricardo Balbín ante el féretro de Perón, a más de simbolizar el fin de la lucha frontal entre radicales y peronistas, reveló la intención de ofrecer un liderazgo sustituto al del presidente muerto. La CGT y López Rega eran por entonces aliados entre sí y apoyos de Isabel. Esa unidad se revelaría efímera. Las FF.AA. esperarían su oportunidad. De todas formas, parecía existir también un acuerdo tácito en otorgar “un tiempo” a Isabel. Rodearla equivalía a consolidar el sistema político.

Los montoneros -a su vez- creyeron posible recuperar su imagen peronista borrando de la memoria de propios y extraños su aislamiento respecto del peronismo. El intento era audaz: mostrarse como los herederos de Perón y no como sus antagonistas. Trataron de minimizar los enfrentamientos y críticas que habían sido su tema principal durante más de un año y se hicieron voceros del dolor y la liturgia peronista. Los principales jefes montoneros asistieron al velatorio del presidente. “La causa peronista” del 9 de julio, cuya tapa aparecía atravesada en negro (símbolo de luto), titulaba: “Los peronistas quedamos solos”².

Advirtiendo tal vez el clima político imperante, la revista trató con respeto a la propia Isabel. Sus críticas se limitaron a la organización del homenaje a Perón en el que -según su visión- se habría escamoteado al pueblo el contacto con su líder fallecido, lo que no habría sucedido cuando el velorio de Evita.

Otros grupos radicalizados adhirieron al dolor popular sin renegar de sus críticas al accionar gubernamental: así lo hicieron el Peronismo de Base y el MR 173. Los montoneros prefirieron minimizarlas y “recuperar” para sí a la figura del líder. Este intento fracasó, porque ya se habían aislado del peronismo. También de la sociedad, conforme lo revelaría su conducta ulterior.

La violencia

Es imposible reseñar este período de nuestra historia sin dedicar un apartado al terrorismo que se había enquistado en la práctica política cotidiana. La muerte era un instrumento político más, no demasiado distinto a una solicitada o un acto. Insensiblemente la sociedad se había acostumbrado al ejercicio de la violencia. Los montoneros no renunciaron al terrorismo, Rucci, Coria (22 de marzo de 1974); Mor Roig (15 de julio de 1974) fueron sus víctimas más ilustres. Por otra parte, con la complicidad de algunos sectores del gobierno había comenzado a operar la Triple “A” (Alianza Anticomunista Argentina) cuyo primer hecho “firmado” fue el atentado contra el senador radical Solari Yrigoyen (producido el 21/11/73). La utilización del crimen como herramienta llegó a increíbles niveles de perversión. El asesinato del padre Mugica (11/5/74) fue un buen ejemplo de lo que venimos diciendo. Nadie se atrevió a asumirlo. Es más, distintos sectores se imputaron recíprocamente la culpa. “De Frente” destinaría buena

parte de su “homenaje” a la víctima a explicar racionalmente por qué no lo habían matado los montoneros. El artículo acepta la muerte como herramienta; simplemente describe las inconveniencias de su utilización en el caso concreto⁴. Más racionalmente, Rodolfo Terragno editorializó en “Cuestionario” de junio de 1974: “Mirando el macabro ejercicio de grupos que se arrojan unos a otros el cadáver de Mugica se llega a admitir que alguien pudo matarlo para eso: para tirarle a otro el muerto. Y entonces, si así fuera, habríamos llegado a una frontera, a ese límite donde el crimen deja de ser el resultado de una pasión, donde ya ni siquiera se busca en él un castigo; al que mata no le importa ya quién es la víctima. En ese punto, la vida de un hombre es algo despreciable y su muerte no es para el asesino un fin -aunque sea innoble- sino un mero instrumento, acaso para lograr algo infinitamente menos valioso que una sola vida humana”.

El fuego cruzado se incrementó en progresión geométrica tras la muerte de Perón. Ese mismo mes Montoneros mató a Mor Roig y las tres “A” al diputado peronista de base Rodolfo Ortega Peña.

El 6 de agosto cuatro militantes de la tendencia fueron asesinados en La Plata. A partir de ahí, la lista se ampliaría a diario corriendo pareja con un acostumbramiento social a la muerte.

Atilio López (ex vicegobernador de Córdoba), Julio Troxler (sobreviviente de la matanza de José León Suárez), Silvio Frondizi, el militar chileno Carlos Prats, el hijo de meses del rector de la UBA Raúl Laguzzi, fueron algunas de las más conocidas víctimas de la “Triple A”.

Sindicalistas, militares y policías eran los blancos favoritos de los Montoneros. Sus “operativos” más espectaculares en 1974 fueron el secuestro y posterior devolución del cadáver de Aramburu y la voladura del barco y consiguiente asesinato del comisario Villar (1º de noviembre). Cinco días después, el gobierno decretaría el estado de sitio.

La relación de la “Triple A” con López Rega, era un secreto a voces. La revista “El Caudillo”, sostenida económicamente por el Ministerio de Bienestar Social⁵, combinaba la perpetua apología de Isabel y “Lopecito” con la consigna “El mejor enemigo es el enemigo muerto” y titulares como “Pedimos la ley marcial” o “Quien le teme a las AAA, por algo será”. “La causa Peronista” no se quedaba atrás.

El gobierno toleraba permanentemente la violación de la legalidad: dejaba operar las bandas armadas de López Rega; exactamente lo contrario de lo que había preconizado Perón⁶.

Los montoneros, lejos de aprovechar el espacio político que abandonaba un gobierno cada vez más faccioso, preferían combatirlo en ese mismo campo. No es riguroso trazar simetrías: la responsabilidad del gobernante es siempre superior. Pero es innegable que el gobierno de Isabel y los Montoneros al elegir el sectarismo y la violencia iban (en eso juntos) aislándose de la sociedad argentina, cada vez más sorda a sus discursos, más alejada de la práctica política, más aterrorizada y anómica.

La clandestinidad

Pasado el impacto producido por la muerte de Perón, la “tendencia” comenzó una crítica cerrada al gobierno de Isabel. Le negaban su condición de continuadora de Perón. Inclusive la “privarían” de su apellido. “La causa peronista” del 9 de julio de 1974 la llamaba “Isabel”, igual que sus partidarios. Luego se referirían a ella como “Isabel Martínez”; “María Estela Martínez” o “Martínez” a secas⁷. Quienes presumían ser herederos de Perón, disponían del uso de su apellido. No resultaba difícil criticar al gobierno de Isabel que resultaría cada vez menos defendible. Sí lo era proponer una correcta caracterización del mismo y proponerle una alternativa válida. Para definirlo, la “tendencia” acuñó un simplista neologismo: “el brujovandorismo”; sin advertir que el lopezreguismo y el sindicalismo no eran asimilables. Su unidad era transitoria, como lo revelarían los acontecimientos de junio y julio de 1975.

Para enfrentarlo propuso en forma casi excluyente la búsqueda de su derrocamiento. Atacar despiadadamente al gobierno de Isabel favorecía el golpismo militar: eso pensaban los partidos nacionales de la oposición incluido el radicalismo de Ricardo Balbín quien por primera vez en su historia (pero definitivamente) abandonó el golpismo y apoyó claramente a un gobierno civil que no era comandado por su partido.

También lo entendían así los “Montoneros” quienes preferían un golpe militar a la continuación del gobierno peronista. La justificación de esta postura abrevaba en un análisis pretendidamente “marxista”: la “acentuación de las contradicciones”. El “régimen seudo peronista” podía inducir a error a las masas y dividir las. Un gobierno militar permitiría “ver más claramente” cuál era el enemigo, lo que facilitaría la polarización de fuerzas y el consiguiente incremento del poder popular, debilitado por la “ambigüedad” peronista. Acelerar las contradicciones equivalía a acelerar la historia, que desembocaría inexorablemente en una victoria popular.

La crítica pertinaz al gobierno de Isabel no era acompañada por ningún hecho de masas. El 6 de septiembre de 1974 los Montoneros hicieron pública su decisión de pasar a la clandestinidad. Fue una medida abrupta, que sorprendió a sus propios militantes. Baste señalar que - menos de un mes antes- Rodolfo Galimberti editorializaba en “La causa peronista”⁸ indicando la inconveniencia de la guerrilla, “violencia desenganchada de los combates reales del pueblo” (sic), en esa etapa, privilegiando el accionar de masas y “otras formas de luchas legales que el pueblo aún no ha agotado” (sic).

Es difícil evaluar por qué se decía esto en el órgano que “bajaba línea” a las bases y a los pocos días se hacía exactamente lo contrario. ¿Doble mensaje? ¿Ligereza en la toma de decisiones? En todo caso, al pasar a la clandestinidad abandonaban casi totalmente la política de masas que había arrastrado multitudes apenas un año antes. Gillespie opina que Montoneros había perdido su capacidad de convocatoria⁹: ya no conseguían reclutar militantes ni siquiera para cubrir las bajas que le causaban la represión y la “Triple A”.

Visto en perspectiva histórica, el único indicio que hubiera permitido entrever la decisión era el cada vez más provocativo contenido de “La causa peronista”. Entre agosto y septiembre de 1974, la revista destinó buena parte de sus contenidos a detallados y sádicos relatos de los

asesinatos de Alonso, Vandor, Coria y Aramburu¹⁰. Es notorio que perseguían el cierre de la revista que ya no les interesaba pero del que deseaban responsabilizar al gobierno.

¿Qué hacía Isabel?

Isabel comenzaba a perfilar su estilo político: el aislamiento, rodeada de un “bunker” de peronistas anacrónicos. También su proyecto: una suerte de franquismo trasnochado vinculado a los factores de poder: las FF.AA., la Iglesia, los sindicatos y cerrado a toda perspectiva pluralista. Su favoritismo hacia López Rega tornaba (si cabe) aún más peligroso este inviable proyecto. Sin embargo, ni la dirigencia peronista “histórica” ni la cúpula sindical objetaron su política. Antes bien, parecieron ver en ella un medio para recuperar posiciones: comenzaron rápidamente un ataque común a dos bastiones que consideraban enemigos: el Ministerio de Economía y la Universidad.

Proliferaron las críticas al Plan Gelbard, la ley agraria fue duramente criticada desde el oficialismo y aún del sindicalismo, y finalmente no aprobada¹¹. La dirigencia sindical más ligada al Pacto Social iba siendo desplazada por una menos contemporizadora con esa propuesta de Perón: la muerte de Adelino Romero (sucesor de Rucci en la CGT) aceleró ese inevitable proceso.

López Rega y la dirigencia sindical consiguieron rápidamente la caída de la Universidad en manos del senil cazador de brujas Ivanissevich. En octubre lograron la renuncia del equipo Gelbard. La designación de Gómez Morales en su reemplazo revelaba que la CGT todavía tenía más poder que López Rega. Sin embargo, éste seguía avanzando: su influencia sobre Isabel era notoria, su uso de los “fierros” escandaloso y ostensible. Desde el peronismo no surgían respuestas claras ante este nefasto personaje: todos parecían esperar que Isabel lo echara (lo que era absurdo) o -en todo caso- aceptar su poder como “una realidad” supuestamente inmodificable.

Movimiento Peronista Auténtico

El pase a la clandestinidad de la conducción montonera dejó sin referentes a buena parte de los militantes de la tendencia que se enterarían de la noticia por los diarios. La decisión los dejaría sin política e inermes frente a la represión futura. La polarización y el “macartismo” imperantes dificultaban cualquier tentativa de reinserción.

El último intento serio de política “de superficie” por parte de la tendencia fue la creación del Partido Peronista Auténtico (marzo de 1975). El nombre del partido (rechazado por la Justicia a pedido del peronismo “ortodoxo” y reducido a “Auténtico”) era una nueva prueba del deseo de mantener “la camiseta peronista”. Especulaban con el creciente deterioro del oficialismo, exhibiéndose como los legítimos sucesores de Perón. El intento era vano: sus enfrentamientos con éste estaban demasiado frescos. Sin embargo, el peronismo auténtico consiguió atraer a viejos militantes peronistas quienes buscaban algún medio para combatir la decadencia del movimiento, cuya dinámica les impedía otras formas de participación.

El Partido Auténtico se presentó a elecciones en Misiones el 13 de abril de 1975. Su performance fue desalentadora: obtuvo el 5,6 % de los votos contra el 46 % del peronismo y el 39 % de la UCR. No es de extrañar que sólo siguiera funcionando como “sello de goma” hasta que en la Nochebuena de 1975 fue proscripto por su relación con la Organización Montoneros.

Hola Rodrigo. Chau Brujo.

El 2 de junio de 1975 Gómez Morales fue reemplazado por Celestino Rodrigo. El recambio ministerial fue un importante avance del poder del “brujo” y un reto a la CGT.

La impopular política de Rodrigo (incompatible con cualquier tradición peronista, aún la más abdicante) y su propuesta de anular los convenios colectivos de trabajo celebrados en junio de 1975, precipitó un enfrentamiento que se venía gestando. La CGT produjo una masiva movilización a Plaza de Mayo, atacando a López Rega y Rodrigo y procurando diferenciarlos de Isabel. Esta no aprovechó el espacio que se le brindaba y optó por apoyar a sus impopulares y nefastos ministros. En un discurso televisado en cadena definió una peculiar visión del movimiento, que sin duda determinó buena parte de su política: atribuyó el regreso del general Perón al esfuerzo suyo (de Isabel) y de un grupo de amigos (obviamente López Rega y sus adláteres).

La rica historia de las luchas peronistas parecía no existir en la memoria de la presidente. Un hecho sin precedentes (una huelga general contra un gobierno peronista) forzó a Isabel a variar su política. En breve lapso, Rodrigo y López Rega debieron renunciar.

Isabel hubiera podido capitalizar el episodio, reconociendo su error y apoyándose en la CGT. Pero prefirió ligar su suerte a la de quienes ella llamaba “sus amigos de siempre”. Se produjo un sensible vacío de poder sobre el que avanzaron la CGT y algunos políticos “históricos” que hasta entonces virtualmente no habían actuado. Isabel pidió una licencia, aduciendo una enfermedad en la que nadie creyó. Políticos considerados confiables por la CGT ocuparon cargos relevantes: Luder fue Presidente provisional, Robledo Ministro de Interior; Cafiero de Economía. La dirigencia sindical reveló prontamente incapacidad para controlar la crisis y ausencia de proyectos. Se saldaba en los hechos una recurrente discusión política de la época: la existencia de un proyecto sindical, habitualmente caracterizado como “la patria metalúrgica”. La realidad demostró que la dirigencia sindical, cuando tuvo poder, reveló carecer de proyecto. Fue relativamente eficaz mientras apoyó a Perón. Tuvo éxito cuando enfrentó y destronó a López Rega: esa victoria es una prueba de la representatividad que más allá de sus deficiencias o perversiones personales tienen los dirigentes sindicales. Sólo ellos pudieron lograr lo que ya todo el país quería: destronar al brujo. Fue veloz para ocupar los cargos del gobierno. No supo qué hacer con ellos¹².

El fracaso de la alianza entre políticos y sindicalistas “históricos” reveló debilidades del peronismo sin Perón. Isabel, quien había reasumido la presidencia el 17 de octubre de 1975, consiguió desplazarlos nuevamente en enero de 1976 y colocar a varios popes de su entorno. Esa lucha entre cúpulas ya carecía de importancia; servía sólo como indicador de las preferencias de la Presidente.

Siendo presidente Luder, se derivó a las FF.AA. la lucha antisubversiva: hemos criticado esa decisión, contraria a la prédica de Perón y que significó en los hechos un “cheque en blanco” para los represores.

En rigor, tras el efímero intento de Luder, Cafiero y Robledo, la política del gobierno consistió en una serie de concesiones a las FF.AA. y al establishment, todas lamentables y algunas francamente ridículas (como un discurso de Isabel alabando a las empresas multinacionales). Su finalidad aparente era mantener como fuera el gobierno. La experiencia revela que no logró su mediocre cometido (¿para qué conservar el gobierno si se hace lo que otros quieren?) y además desfiguró la imagen del peronismo que pareció más el prólogo del proceso que su antagonista. A todo esto la tendencia ya no existía como tal. Apenas se la entreveía en alguna publicación del Partido Auténtico. Sólo operaba el brazo armado. Durante 1975 los Montoneros no protagonizaron movilizaciones ni hechos de masas: el secuestro de los Born, la voladura de un avión militar en Tucumán y el masivo ataque a un cuartel militar a Formosa en el mismo mes (agosto) serían los hechos más espectaculares protagonizados por la organización. Buscaban demostrar la debilidad del gobierno de Isabel y erizar la ya sensibilizada piel militar. Como se dijo: acentuar las contradicciones.

El golpe era inminente. Los montoneros se aprestaban para una nueva etapa. Con pasmosa frivolidad Firmenich calculaba cuántas bajas sufrirían durante la primera etapa de la dictadura militar como prólogo a su ofensiva triunfante.

El 24 de marzo de 1976 se cumplió una parte de la profecía: cayó el tercer gobierno peronista en medio del desánimo y el silencio de propios y extraños. Los principales jefes de la “organización” salieron del país. La mayoría de sus militantes quedó librada a su propia suerte. Muchos fueron presa fácil de las fuerzas represoras. Los cálculos de Firmenich no se vieron confirmados por los hechos: la represión aniquiló no sólo a las organizaciones guerrilleras sino también a buena parte del activismo de base político y social. La “acentuación de las contradicciones” permitió la entronización del proyecto de Martínez de Hoz y el mayor genocidio que haya conocido la Argentina. La victoria popular está hoy más lejana que en 1973. Hablar de victoria montonera suena a burla.

¿Isabel era Perón?

Lo que venimos diciendo prefigura nuestra respuesta a una polémica esencial: ¿Existió realmente una ruptura entre el gobierno de Perón y el de Isabel o, por el contrario, hubo apenas una exacerbación de sus características? Describamos someramente los principales datos: 1) las candidaturas de Cámpora, Lima e Isabel fueron decididas por Perón. 2) López Rega no fue inventado por Isabel sino por Perón quien lo hizo Ministro y le confirió importante cuota de poder. 3) Perón alabó a la dirigencia sindical, pero también la cuestionó el 12 de junio. Frenó su poder más de lo que lo impulsó. El Pacto Social era una iniciativa suya aceptada (a menudo a disgusto) por la dirigencia sindical. El plan Gelbard no respondía a la visión de los sindicalistas sino de Perón. 4) La violencia de derecha y las AAA comenzaron a operar en vida de Perón. Pero su accionar fue casi mínimo en comparación a lo que sería luego. 5) La tendencia fue

combatida políticamente por Perón pero durante su gobierno operaba en superficie, organizaba actos, publicaba un diario y una revista. 6) La Universidad fue confiada a la tendencia y luego -para desplazarla- al moderado Vicente Solano Lima. El ataque de Ivanissevich fue decidido por Isabel. 7) Perón se negó sistemáticamente a involucrar a las FF.AA. en la lucha antisubversiva. 8) La relación con el radicalismo propiciada por Perón desde 1972 fue abortada por Isabel. La conclusión surge sola: hubo una evidente ruptura tras la muerte de Perón¹³. Isabel echó por la borda el proyecto de democracia integrada, el diálogo con el radicalismo y el Pacto Social, ejes del tercer gobierno de Perón. Al hacerlo desató fuerzas existentes en el seno del movimiento (López Rega, CGT) que Perón había contenido. Isabel y López Rega no fueron Perón. Pero al morir éste quedaron, objetivamente -si no con su "herencia"- con buena parte de su patrimonio político. Claro que Perón no eligió cuándo morir: no era Dios. Si hubiera muerto uno o dos años antes su poder quizá hubiera derivado a otras manos, seguramente cercanas a la tendencia¹⁴.

Esta explicación permite precisar aún más nuestra respuesta: si bien Perón no quiso el proyecto de Isabel, el riesgo de que éste prosperase estaba implícito en su política. Su técnica de contrapesar una fuerza interna con otra de signo opuesto (tan contradictoria con su último discurso político) conllevaba el riesgo de beneficiar a su favorito de turno. Si hubiera muerto en 1973, hubieran sido los Montoneros. Como murió en julio de 1974 fueron Isabel, el Brujo y sus acólitos. La frase "mi único heredero es el pueblo" fue un intento necesario pero insuficiente para evitar ese resultado. Existió una contradicción entre la propuesta de Perón y su estilo de conducción que produjo las consecuencias ya analizadas.

Debe tenerse en cuenta -en su descargo- el grado de radicalización y la brevedad de su tercer período de gobierno que evidentemente dificultaron posibilidades de cambio y la toma de decisiones.

Epílogo

Esta nota pretende describir lo sucedido hasta el 24 de marzo de 1976, lo que no se logrará sin una mención a los años posteriores.

Montoneros seguiría -ahora no sólo por decisión propia sino por imperio de las circunstancias- actuando sólo como organización armada. La militarización de sus cuadros avanzó hasta llegar al uso habitual de uniformes, insignias y grados (por supuesto que fuera del "campo de batalla"). El grupo político que pretendió cambiar hasta el lenguaje en la vida política argentina abandonó el tuteo y el tono coloquial optando por el trato de "usted" y el uso de jerarquías militares. Bonasso describe con credibilidad un "juicio" cuyas formas y discursos hubieran sido inimaginables en 1973¹⁵. El comandante Firmenich comenzó a lucir uniforme en sus apariciones públicas en el extranjero. La militarización aceleró un desgastante y disgregante debate interno del cual son cabales testimonios el mencionado libro de Bonasso y los informes de Rodolfo Walsh publicados ya en UNIDOS. La "organización" en el exilio se dividió en múltiples facciones. Las discusiones ideológicas y metodológicas generaron numerosas deserciones. Mientras militantes o adherentes a la tendencia eran diezmados como otros miles de argentinos, Firmenich, de uniforme, se dejaba fotografiar en Nicaragua. Al tiempo les aconsejaba

llevar consigo una cápsula de cianuro para suicidarse antes de ser atrapados. Un buen día, el “comandante” dialogó con Massera, quien no desdeñaba a nadie a la hora de buscar consolidar su horizonte político.

En 1979, Montoneros anunció una firme “contraofensiva” que simplemente consistió en operativos armados esporádicos pero de mayor envergadura que los realizados desde la asunción del gobierno militar.

La guerrilla demostró así su subsistencia pero también sus grandes limitaciones. El lenguaje (“contraofensiva”, “incremento de la resistencia a la dictadura”) reflejaba una mentalidad repetitiva. Se buscaba reeditar el éxito de 1970/1973, sin advertir cuánto habían cambiado las circunstancias. Ya no existía una política, sino un ritual de la violencia. Se vivía en el pasado. El anacronismo de “izquierda” es tan nocivo como el de la derecha peronista.

Aclaremos que no existía una política (salvo la repetición foquista) en la Argentina, pero sí una internacional. Gracias a las transmisiones “en cadena” típicas del periodismo del “Proceso” pudimos ver las fotos de Firmenich y Vaca Narvaja con Olof Palme, con Yasser Arafat, o en las calles de la liberada Nicaragua. También su intento de integrarse a la Internacional Socialista (la Segunda y no la Cuarta). El “proceso” quería indicarnos a los responsables de la presunta “campaña antiargentina”. No nos tragamos esa imbecilidad que aceptan aún hoy muchos argentinos. De todas formas, esos hechos revelan una política que objetivamente no afectaba en nada al poder de la dictadura militar ni podía ser conocida por el pueblo (con lo que el foquismo perdía uno de sus componentes fundamentales: ya no era “la propaganda armada” sino un fin en sí mismo). Su única finalidad imaginable era la búsqueda de una proyección internacional, único (y último) campo disponible a los grupos políticos minoritarios y sin consenso.

Montoneros Sociedad Anónima

Los recursos obtenidos en los secuestros, el establecimiento de conducciones (en el Movimiento Peronista Montonero, el Ejército Montonero y el Partido Montonero) compuestas predominantemente por exiliados, la destrucción de las instancias organizativas en la Argentina, el abandono de sus componentes a su suerte, las divisiones internas de 1979/1986, fueron hechos que agudizaron una visión empresarial: las voluntades y los cargos se pueden comprar.

El pasaje de “formación especial” a “corporación económica” justifica que la sociedad haya dado la espalda a este proyecto. Montoneros intentó sobrevivir merced a la posesión y utilización de dinero y no a constituir una fuerza orgánica. Ese cambio explica vaivenes y espúreas negociaciones. Tal la de intentar promover nuevamente el Partido Auténtico “moviendo” a dos históricos (Bidegain y Obregón Cano) mientras el Comandante esperaba los resultados de la “partida” en Brasil. No desdeñarían luego intentar aliarse con Herminio y Lorenzo. La lógica es una sola: repetir el pasado. Por un cargo se podría negociar hasta con López Rega. Esta “empresa” política pretende ser el hilo conductor del peronismo de los últimos quince años. Cuando hasta los militantes del ERP intentan su autocrítica respecto del accionar armado contra el gobierno peronista¹⁷, los Montoneros asumen apenas haber cometido “algunos errores” según un documento publicado a principios de 1984.

Es impensable que -desde esta ceguera- pueda reconstruirse un poder popular organizado. Montoneros es más bien una rémora del pasado. Es un "marca" agotada.

CONCLUSIONES

1) El fenómeno montonero -como cualquier hecho histórico- debe abordarse ubicándolo en tiempo y lugar. En la década del '70 la guerrilla urbana era percibida y valorada como una alternativa viable para acceder al poder o para cuestionar su legitimidad. Montoneros surgió cuando en América Latina existía una visión apologética de la violencia y la revolución. Esto se debe, según la correcta apreciación de Peter Waldmann: a) a la existencia de grupos juveniles que aspiran a un orden social más justo; b) a la memoria de una experiencia histórica que juzgan positiva abortada por la fuerza (en nuestro caso, el peronismo) y c) a que el orden político excluya toda posibilidad de ser transformado pacíficamente¹⁸.

2) La violencia imperó en la Argentina antes y después del apogeo de Montoneros. Estos no la generaron (existió desde los albores de nuestra historia, se exacerbó desde 1955) ni la monopolizaron: hubo otros grupos guerrilleros peronistas (FAP, Descamisados, antes Uturuncos) y no peronistas (ERP, FAR, FAL), lo que revela un fermento histórico. También hubo, en el propio peronismo, violencia de derecha y paraestatal. Los montoneros no fueron, pues, los violentos que alteraron la Arcadia argentina, sino un grupo más de los muchos que combatieron a muerte en un país sin reglas de juego.

3) La violencia montonera anterior a 1973 debe diferenciarse de la posterior. La lucha contra una dictadura militar es justificable: implica resistencia a la opresión. Desde luego, deben reprobarse los crímenes pero no el hecho mismo de la resistencia. La amnistía otorgada por el Congreso Nacional en 1973 fue un reconocimiento a esa circunstancia. La prosecución de la lucha armada después de la asunción del gobierno popular careció de todo justificativo, debilitó al gobierno y radicalizó para mal la vida política argentina. Además privó de justificación a la ley de amnistía.

4) Lo que diferenció a Montoneros de otros grupos guerrilleros fue su capacidad de convocatoria para actividades de superficie. Su aptitud movilizadora fue muy superior a la de cualquier otro grupo juvenil (guerrillero o no, peronista o no peronista). Su respuesta atraía porque combinaba "el poder del fusil" con la práctica social, con el activismo de base y -sobre todo- con un movimiento mayoritario de base trabajadora. Por eso el "montonero" tiñó la campaña del '73 y concitó la adhesión de miles de militantes y adherentes. Este atractivo era aún mayor si se lo coteja con la nula capacidad de convocatoria y movilización que caracterizaba al resto del aparato político y sindical del peronismo. Poder de convocatoria sólo tenía Perón y la tendencia.

5) El repudio a la conducción montonera no debe proyectarse mecánicamente a los adherentes y militantes de la tendencia. Estos, por cierto, no fueron críticos de la violencia pero esa era una falla común a casi toda la sociedad argentina. Debe valorizarse su voluntad de cambio,

espíritu de sacrificio y vocación de acompañar al movimiento popular. Identificar a toda la tendencia solo con la muerte (como lo hace Pablo Giussani) implica olvidar a los miles de manifestantes que “llenaron las calles” cantando; a los activistas que intentaron realizar trabajos comunitarios; a todos los que soñaban con un cambio social ligado a una práctica política de base. Una visión matizada del fenómeno exige diferenciar entre la actitud elitista, militarista y facciosa que fueron asumiendo los jefes y el voluntarismo de los adherentes. Hay que ser muy soberbio o no haberse equivocado nunca para condenar a estos últimos. Además debe recordarse que el aparato militar montonero fue siempre minoritario: la mayoría de sus adherentes y militantes habrá elogiado la violencia (actitud por cierto criticable) pero nunca la practicó. Olvidar ese dato es escribir la historia en términos de blanco y negro.

6) La política de la conducción montonera es irrescatable. En 1973 Montoneros combinaba su mística de resistencia a la opresión con la crítica a los dos imperialismos, la recusación de la dependencia y la propuesta de cambio revolucionario. Esa mezcla, coincidente en buena medida con el discurso de Perón, los hizo referentes de miles de jóvenes. Pudieron desde esa base, ser la “izquierda posible” de Perón; prefirieron combatirlo. Desde 1972 a 1973 crecieron explosivamente en número de militantes y adherentes. Pasaron a ser -de una célula terrorista- una organización de masas. Esta conjunción político-militar era difícil de mantener: optaron por lo militar. La elección fue, obviamente, lamentable y revela el verdadero sustrato de la ideología montonera.

7) El “modelo” montonero fue producto de una circunstancia histórica y es -por ello- irrepetible. Sería trágica la búsqueda de la reiteración de un sangriento fracaso. No es tampoco sensato hablar de un alto nivel de conciencia en el '73 recusando -por implicancia- el existente hoy. La conciencia es un producto histórico y muda con las circunstancias. Es cierto que en el '73 había un nivel de participación muy alto y un grado más elaborado de crítica al “sistema” y a la dependencia que en nuestros días. Pero es también real que lo acompañaba un voluntarismo político excesivo y una pobre lectura de la relación de fuerzas. Entre Lanusse y Videla no mediaron ni tres años: en ellos se habló de “socialismo”, de “revolución”... y ni siquiera se pudo consolidar el poder gubernamental. El nivel de “ideologización” llevó a la elaboración de absurdos planteos que no fueron -para nada- patrimonio exclusivo de la tendencia. Recuérdese que Guardia de Hierro sindicaba a Isabel como agente de la CIA y meses después fue uno de sus principales apoyos; que su conducción vió en Massera a la continuación de Perón. Recuérdese que el Encuadramiento recién retiró su apoyo a López Rega cuando éste enfrentó a la CGT (varios de sus militantes pagaron con sus vidas el viraje) y que algunos de ellos después del golpe de Estado aplaudieron a Videla como continuidad de “la Nación”. Recuérdese a “El Caudillo”...

8) No es justo rescatar a los Montoneros argumentando que fueron los únicos opositores a la dictadura militar y olvidando su nefasta conducta durante el gobierno popular. Desestabilizaron hasta el límite al gobierno peronista. No se desarmaron ni un instante. No le dieron a Perón un día de tregua. Mataron a Rucci.

¿Cómo justificar que -años después- negociaran con Massera? ¿Cómo justificarlos cuando vemos hoy a Firmenich, “roscando” alegremente con Saadi, Lorenzo y Herminio? ¿Merecen estos personajes más oportunidades que Perón?

9) Los montoneros fueron corresponsables pero no los únicos culpables de fracaso del tercer gobierno peronista, que arrastraba muchas otras lacras. Si han sido menos explicadas en estas notas fue por el carácter relativamente acotado del tema y no por nuestra vocación por ignorarlas.

Pero es imposible olvidar que derramaron mucha sangre; que impulsaron a la muerte a militantes nobles, aunque ingenuos, y que eso sólo sirvió para crear un ejército -no tan distinto al que asoló al país-, cuyo comandante -que desafió a Perón- se sentó a dialogar con Massera y hoy negocia con Herminio y Saadi.

NOTAS:

1 La actitud de la tendencia fue simétrica. Sus órganos de prensa ignoraron la ruptura. Internamente (según cable de Telam publicado en “La Razón”, febrero de 1974) caracterizó a los que se iban como “cobardes, peronistas nuevos, pequeño-burgueses universitarios, provenientes de núcleos internos no integrados correctamente (ex FAP)” (sic). La revista “De Frente” (órgano del Peronismo de Base que sustituyó a “Militancia” que había sido clausurada) desarrolló en su Nº 7 del 20/6/74 (pág. 20) una visión similar. Habló del “oportunismo sin control” de los militantes de la Lealtad, quienes “esperan premio” y “quieren cargos y manija... en la Universidad”.

2 Con menos grandilocuencia “Crónica” reprodujo fielmente lo que dijeron todos los argentinos. Tituló, simplemente, “MURIÓ”.

3 “De Frente” dedicó un extenso número de homenaje a Perón, el 9 de julio, pero no amenguó ni varió el tono crítico que había utilizado desde el 25 de mayo del 73. El rescate de Perón se refería a su pasado, a lo que llamaban “memoria del pueblo”. El “MR 17”, a través de su periódico “En lucha”, de julio de 1974, también homenajeaba al líder muerto pero criticando a la vez su último gobierno y previniendo contra el peligro de un futuro golpe militar. El resto del periodismo argentino “lloró” a Perón. Sólo “La Prensa” mantuvo irreductible su odio revelando ser gorila, pero -al menos- coherente.

4 “De Frente” Nº 3 (pág. 5 a 7). Se habla de una muerte “inútil” implicando que otras no lo son.

5 En “El Caudillo” había sólo, pero abundantemente, propaganda oficial. Un muestreo de ejemplares de fines de 1974 y 1975 exhibe los siguientes avisadores: Caja de Ahorro; Banco Nacional de Desarrollo; Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires; 62 Organizaciones; Unión Obrera Metalúrgica; Gobierno de Córdoba; Banco de la Ciudad de Buenos Aires. El Ministerio de Bienestar Social publicaba varios avisos por número.

6 En su momento Perón había señalado que Villar no era peronista. No lo había elegido por eso sino por su capacidad para la represión. Otra era la visión del Comando de Organización y de “El Caudillo” quienes lloraron su muerte como la de un peronista (“El Caudillo”, del 8/11/74, tituló: “Compañero Villar ¡Presente!”). Para la ultraderecha peronista la identidad no pasaba por la adhesión a un proyecto o a una política: eran peronistas los que perseguían a sus enemigos.

7 “El Auténtico”, del 12 de noviembre de 1975, la llama “María Estela Martínez”. El del 23 de diciembre, la bautiza “María Martínez” (pág. 2).

8 N° 7, pág. 2 y 3, “¿Llegó la hora de la guerrilla?”.

9 Gillespie, Richard: “Soldiers of Perón”.

10 Es significativa la diferencia de discurso entre “El Descamisado”, publicado inmediatamente después de la muerte de Coria (26/3/75, N° 45), y el posterior que retoma el hecho. En el primero no se asume el crimen, aunque se dedica el artículo a justificarlo. En el segundo, lo fundamental no es avalar el asesinato sino describirlo minuciosamente. Se privilegia el puro relato de la violencia sobre la reflexión política.

11 Ver reportaje a Horacio Giberti, en “Unidos” N° 6, pág. 96/105, “El agro y los dueños de la tierra”.

12 Para más detalles ver en “Unidos” N° 1 (pág. 20/32) “El rodrigazo”, por Mario Wainfeld.

13 Concuerdan con esta visión, desde ópticas ideológicas bien diversas: a) Liliana De Riz (“Retorno y derrumbe”, Edit. Folios, pág. 116); b) Rodolfo Walsh (citado en “Rodolfo Walsh y la prensa clandestina” de Horacio Verbitsky, Colección “El periodista”, pág. 16) y c) Guido di Tella (“Perón-Perón 1973/1976”, Ed. Sudamericana).

14 Di Tella (Op. Cit., pág. 327) se plantea con “cierto horror” la hipótesis de un Perón muerto en el exilio manteniendo una relación ambigua, pero cierta, con los grupos guerrilleros.

15 Bonasso, Miguel: “Recuerdo de la muerte”, Ed. Bruguera, pág. 217 y ss. Se trata del juicio y posterior degradación del “mayor” Tulio Valenzuela. En páginas anteriores, Bonasso transcribe una sorprendente carta de “militar a militar” que el oficial montonero Valenzuela cursara al General Galtieri.

16 El excelente texto de Bonasso ya citado (esp. pág. 405) refleja la decadencia de la organización.

17 Documento citado en “El Porteño”, N° 40, pág. 15, abril de 1985.

18 Waldmann, Peter: “Ensayos sobre política y sociedad en América Latina”, Ed. Alfa, pág. 172/178.

19 A la violencia desatada desde el 16 de junio de 1955 nos hemos referido en la primera parte de esta nota (UNIDOS N° 2, pág. 67/69), a la que remitimos.

20 No es el caso de Giussani quien fue Secretario de Redacción de "Noticias", años antes de escribir su simplista "Montoneros. La Soberbia Armada" (Ed. Sudamericana, Planeta, 1984).